

***LA VIDA DE  
HERODES***

**Tirso de Molina**

*PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA:*

- **ANTIPATRO**, rey viejo
- **FASELO**, su hijo, príncipe
- **HERODES**, su hermano
- **SALOMÉ**, infanta
- **JOSEFO**
- **MITILENE**
- **AUGUSTO** César
- **HERBEL**
- **HIRCANO**, rey viejo
- **ARISTÓBULO**, príncipe
- **MARIADNES**, infanta
- **ELIACER**
- **EFRAÍM**
- **TIRSO**, pastor
- **PACHÓN**, pastor
- **FENISA**, pastora <LI
- Una **JUDÍA**
- Un **VERDUGO**
- **ZAFIRO**
- **JABEL**
- **BATO**
- **LISENO**
- **NISO**
- Una **MUJER**
- **PASTORES**

## ACTO PRIMERO

*Salen ANTIPATRO, viejo, JOSEFO, FASELO y  
SALOMÉ, dama*

JOSEFO: Después de besar tus pies,  
que en el humano teatro  
siempre, invencible Antipatro,  
pisando coronas ves;  
porque a la Fortuna des  
las gracias de tu grandeza  
y porque estimes la alteza  
de tus inmortales glorias,  
en premio de tus vitorias  
te da el Amor su belleza.

Contra su rueda voltaria  
has triunfado de Idumea,  
conquistado a Galilea  
y sujetado a Samaria;  
y porque con dicha varia  
la vejez que se te atreve  
al templo tus triunfos lleve  
del tiempo inmortal tesoro,  
hijos te dio en siglos de oro  
restauración de tu nieve.

Dióte al príncipe Fasele,  
fénix nuevo en quien se ve  
tu imagen, y a Salomé,  
bella exhalación del cielo;  
dióte a Herodes, que en el suelo,  
mientras a Alejandro imita,  
para que con él compita,  
y el mundo admire su fama,  
en vez de Alejandro llama  
a Herodes Ascalonita.

Filipo al nacerle un hijo  
asombro de Babilonia  
y blasón de Macedonia,

que era venturoso dijo,  
no tanto porque predijo  
en él su gloria real,  
cuanto porque en tiempo tal  
Aristóteles vivía,  
porque a su filosofía  
su valor hiciese igual.

Pero tú con más certeza  
decirlo puedes mejor,  
pues cría a un tiempo el Amor,  
si hijos tú, Judá belleza;  
que si la naturaleza  
hace con ellos seguras  
de Dios en vivas figuras  
imágenes naturales,  
suerte es que para hijos tales  
te dé tales hermosuras.

ANTIPATRO: Tú seas, Josef, venido,  
a nuestro Ascalón con bien,  
pues que de Jerusalén  
tales nuevas me has traído.  
Sagaz medianero he sido  
con el senado romano  
para entronizar a Hircano,  
que ya sepultaba el ocio,  
en el reino y sacerdocio  
que quiso usurpar su hermano.

Rey y sacerdote sumo  
su Jerusalén le llama,  
y en altar de Thimiama  
aromas ofrece en humo,  
reinando por mí, presumo,  
si agradecido repara  
en mi amistad noble y clara,  
que estimé por justa ley  
juntar sacerdote y rey,  
la corona a la tiara.

Descendiente generoso  
es de Judas Macabeo,  
que al linaje Asamoneo

dio blasón limpio y glorioso;  
el sacerdocio piadoso  
que honró en el desierto a Arón,  
propagó su sucesión  
contra ambiciosos engaños  
por ciento y setenta años  
de varón siempre en varón.

Ilustrar mi descendencia  
con renombre soberano  
y emparentar con Hircano  
apetece mi experiencia.  
A Mariadnes, excelencia  
de cuanta belleza ha habido,  
para el príncipe he pedido,  
como Aristóbulo dé  
con la mano a Salomé  
envidia al amor y olvido.

De Hircano hijos los dos son,  
como Salomé y FASELO  
míos, si permite el cielo  
darme en ellos sucesión,  
del alcázar de Sión  
poseerán el solio real  
y con ventura inmortal  
gozará sangre idumea  
mezclándole con la hebrea  
un reino sacerdotal.

Si esto Hircano me concede  
largas albricias me pide.

JOSEFO: No sólo a tu gusto mide  
el suyo, pero aún le excede.

*Dáale a FASELO un retrato*

Sacar de esta copia puede  
el príncipe que se nombra  
su esposo, si no se asombra  
la luz que su cielo da,  
qué tan bello el sol será

siendo tan bella su sombra.

*A SALOMÉ otro*

Mire en éste vuestra alteza  
a Aristóbulo en bosquejo.

SALOMÉ: Hermoso asombro, Josefo.

JOSEFO: No pudo la sutileza  
del pincel en tal belleza  
ostentar más su primor,  
y aunque honrando a su pintor  
Apeles se ha aventajado,  
con ser éste su traslado  
parece su borrador.

Aquí sólo no permite  
la naturaleza sabia,  
por más que el arte la agravia,  
que sus estudios imite;  
porque ni el oro compite  
con sus cabellos, ni toca  
su frente el cristal de roca,  
ni hay clavel, rosa o jazmín  
que se opongan al jardín  
de sus mejillas y boca.

Vueltos aquí barbarismos  
los hipérboles verás,  
porque estos dos son no más  
hipérboles de sí mismos;  
de libertades abismos,  
por no llamarles prisión,  
y milagrosa lección  
donde tomó en sus trasuntos  
la Naturaleza puntos  
para leer de ostentación.

FASELO: No lisonjero procedes  
en su alabanza, si es cierta  
la fama con que despierta  
Amor almas y armas redes;  
pues no estiman las paredes

reales soberbios ornatos,  
ni en doseles y aparatos  
funda la ambición sus galas,  
mientras no adorna sus salas  
con estos bellos retratos.

Egipto dé testimonio,  
pues sabe bien que idolatra  
en Aristóbol Cleopatra,  
en Mariadnes Marco Antonio.  
¡Oh lazos del matrimonio  
que por mi amor habéis vuelto!  
A seguir estoy resuelto  
vuestra recíproca ley  
adonde el esclavo es rey  
y cautivo el que anda suelto.

SALOMÉ: Yo, bellísimos despojos,  
no os hablo, que estoy en calma,  
mientras la lengua y el alma  
se trasladare a los ojos.  
Si quitáis, pintado, enojos,  
¿qué haréis, príncipe, presente?  
Calle el alma lo que siente  
porque sienta lo que calla,  
que amor que palabras halla  
tan falso es cuanto elocuente.

*Sale HERODES, bizarro, a lo soldado*

HERODES: A tus pies, invicto padre,  
trofeos mis dichas postran,  
si imitación de tus hechos,  
primicias de tus victorias;  
que, puesto que comparadas  
a las tuyas, serán pocas  
las de Alejandro en Asiria  
y las de Aníbal en Roma,  
por ser las primera, creo  
que antepondrás a las propias  
las alabanzas de un hijo

enigma de tus memorias.  
Salí de Ascalón, mi patria,  
cuando el toro que hurtó a Europa  
en oro pagaba al sol  
un mes de hospicio y lisonjas,  
y con doce mil soldados,  
feliz número si notas  
que con otros tantos puso  
freno al Asia Macedonia,  
cerqué a Pacono en Petrea;  
Pacono, aquél con que asombran  
los partos las cuatro letras  
que Craso en Grecia enarbola.  
Y de su madre sacando  
al Ganges, porque se corra  
que en los brazos de su madre  
un hijo tan viejo corra,  
guiado por el silencio,  
una noche oscura y sorda,  
restituí a sus cristales  
sangre, que aumentó sus olas.  
Y degollando a su rey,  
el alma, que iba a la boca,  
saliendo por la garganta  
la jornada halló más corta.  
No perdoné ningún sexo;  
lirio cano, joven rosa,  
caña humilde, roble fuerte,  
madre casta ni hija hermosa.  
Pero donde se ve más  
mi venganza victoriosa  
fue en la pueril inocencia,  
pues de las madres piadosas  
arrancando tiernos hijos,  
mostré que mi sed provoca  
sangre en leche de inocentes  
medio blanca y medio roja.  
Bajé a Armenia desde allí,  
y destruyendo sus tropas,  
en púrpura de sus venas



teñí sus listadas tocas.  
Encastillóse su rey  
en un castillo, una roca  
tan alta, que su cabeza  
coronó del sol la zona.  
Era de peña tajada  
y con una entrada sola  
tan inexpugnable y fuerte,  
que haciendo dificultosa  
su conquista, aseguraba  
al rey la vida y las joyas  
que atesoró en su homenaje  
la codicia temerosa.  
Pero como el interés  
tiene alas, sus puertas rotas,  
sirvió de escala una pica  
por donde subió la honra.  
Y franqueando las llamas  
la entrada a mi gente heroica,  
retrató el fuego en Armenia  
venganzas griegas de Troya.  
Di a saco la fortaleza,  
y mientras el metal roban  
que la codicia persigue,  
aunque más el sol la esconda,  
despeñando al rey armenio,  
quedaron las peñas toscas  
cada cual con un pedazo,  
que también ellas despojan.  
Bañado en sangre enemiga,  
cantando el valor vitoria  
a las voces destempladas  
de los míseros que lloran,  
entré en una galería  
que por treinta claraboyas  
de alabastro, jaspe y mármol  
los bastidores de Flora  
enamoras miraban,  
y en los cristales que adorna  
con marcos de primavera,

se retratan majestuosas.  
Colgaban de sus paredes  
cuadros, en lugar de joyas,  
si desvelos del pincel  
emulación de la gloria,  
pues retratando bellezas  
refrescaban la memoria,  
tal del milagro de Chipre  
y tal de la virgen diosa.  
Allí la griega robada,  
si del pastor robadora,  
que hurtó en las huertas de Venus  
la manzana a la discordia,  
a amor y aborrecimiento  
provocaba a las historias,  
por liviana aborrecible,  
y adorada por hermosa.  
Allí al honor consagraba  
la, tarde cuerda, Matrona,  
Tarquinos atrevimientos,  
recuerdos tristes de Roma.  
Y allí, en fin, la hermosa reina  
que África estima y adora,  
holocausto de sí haciendo,  
dejaba ejemplos a Porcia.  
Pero, entre tantas bellezas,  
la que por fénix de todas  
gozaba el lugar supremo  
en la mitad de la lonja  
era una hermosa judía,  
perdone el dios de Helicon,  
que no igualó a su hermosura  
la ninfa que le corona.  
Bien pudo Dina a Sichén  
ser tragedia lastimosa,  
librar Judith a Bethulia  
del furor de Babilonia,  
hacer Raquel que Jacob  
juzgase distancia corta  
catorce años de servicio,

poner a Amán en la horca  
el casto hechizo de Asuero,  
precipitar vitoriosa  
Bersabé al profeta rey,  
que aun cantando creo que llora,  
y, en fin, bien pudo rendir  
las letras, que el Amor postra,  
del rey pacífico y sabio  
la hermosura de Etiopia.  
Mas con éstas comparada  
es lo que el sol con la sombra,  
con la ciencia la ignorancia,  
con la verdad la lisonja.  
Supe quién era, aunque callo,  
porque la lengua no osa  
dar celos al corazón,  
que los tendrá si la nombra.  
Y como una alma pintada,  
dejando en prendas la propia,  
salí de mí y del castillo  
sin libertad ni memoria.  
Doce mil hombres llevé,  
y con ellos vuelvo agora  
sin que falte, padre invicto,  
ni de su sangre una gota.  
Sola una alma vuelve menos  
que por los ojos me roban,  
para ofrecer a su origen  
su más que divina copia.  
Triunfa en Ascalón con ellos,  
pisa reinos, trofeos goza,  
premia heridas, honra hazañas,  
haz mercedes, da coronas,  
y a mí licencia que busque  
en premio de esta vitoria  
un alma que, fugitiva,  
es vencida vencedora.

ANTIPATRO: No hallo coronas a tu nombre iguales,  
hijo invencible, que tu fortaleza

premien mejor que abrazos paternos;  
ceñir tu cuello en vez de tu cabeza  
las cívicas no bastan, ni murales,  
ni cuantas dio de Roma la grandeza  
a la ambición que eternizó su fama,  
puesto que junte al oro, al roble y grama.

Conquista reinos que dichoso goces,  
gana blasones que te inmortalicen,  
plumas tu fama añada que veloces  
el valor te aseguren que predicen,  
y mientras la Fortuna que conoces  
en tu favor los tiempos autoricen,  
antes que acabe el círculo su rueda  
un clavo al eje pon, y estará queda.

Si enamorado vuelves, no me espanto,  
que Marte y Venus al amor producen,  
pues sus hazañas triunfarán en tanto  
que sus aceros a sus llamas lucen.  
Tus dos hermanos a su yugo santo  
dos cuellos dichosísimos reducen,  
los más hermosos que en su ardiente carro  
puso coyundas el Amor bizarro.

Hircano, rey y sacerdote sumo,  
al reino y templo que eterniza el Arca  
y a Dios da habitación en niebla y humo,  
entre las alas que el querub abarca,  
en premio del favor--según presumo--  
con que se ve sacerdotal monarca,  
sus dos hijos ofrece, luz del cielo,  
a tus hermanos Salomé y Faseló.

Importa que prevenga su partida  
por lo que el nombre ganará idumeo,  
si a la corona aspira apetecida  
que restauró a su sangre el Macabeo.

### *Vase ANTIPATRO*

SALOMÉ: Perdonas si no doy a tu venida,  
invicto hermano, a gusto del deseo

parabienes retóricos, que duda  
de hablar quien ama agradecida y muda.

*Vase SALOMÉ*

FASELO: Yo, que sin alma todo me vuelvo ojos,  
salamandra de amor, vivo en su llama,  
puesto que ufano de que a tus despojos  
cinces del valor, plumas la fama,  
pues adoras del sol los rayos rojos,  
mi cortedad perdona, y con tu dama  
coteja esa belleza, aunque en pintura,  
y alaba, si no envidia, mi ventura.

*Dale el retrato y vase FASELO*

HERODES: ¿Si no envidio tu ventura?  
¿Por qué ocasión? Mas ¡ay, cielos!  
¿No es ésta de mis desvelos  
la causa? En esta pintura,  
¿no se cifra la hermosura  
que mi libertad abrasa?  
Si con Faselos se casa  
y mis dichos tiraniza,  
celos, volad en ceniza  
mi padre, hermanos y casa.  
¿Qué importa que quiera Hircano  
que se case con Faselos?  
¿Es su padre Amor del cielo?  
¿Es monarca soberano?  
Antes que le dé la mano  
cuando el corazón la di  
un nuevo Caín en mí  
verá Faselos mi hermano  
que no es padre cuerdo Hircano,  
ni rey; tigre hircano sí.  
Celos, que os habéis entrado  
al alma que atormentáis,  
¿por qué vivo me abrasáis  
si es mi amor solo pintado? ]

El Amor os ha engendrado.  
Imitalde, pues procura  
cifrase en esta figura;  
mas ay, que en tales motivos  
me da los tormentos vivos,  
y la esperanza en pintura.

Pero ¿de qué sirven, cielos,  
quejas y lamentos vanos,  
si el amor es todo manos  
y todo furor los celos?  
Lágrimas darán consuelos  
a cobardes esperanzas,  
como al olvido mudanzas,  
pero a injurias conocidas  
de pretensiones perdidas,  
no hay quejas como venganzas.

¿No ha abrasado mi valor  
la Armenia que he destruido?  
¿Pues es bien que sea vencido  
en mi casa y vencedor?  
¡Muera mi hermano traidor  
y mi padre, pues que pasa  
las leyes que mi amor tasa,  
porque yo con ellas muera!  
¡Al arma, venganza fiera;  
al arma, asaltad mi casa!

*Sale ANTIPATRO*

ANTIPATRO: ¿Qué tienes, hijo, qué es esto?

HERODES: Quejas son a que me incitas  
crüel. ¿Es bien que permitas  
el tormento en que estoy puesto?  
Cuando a tus pies manifiesto  
reinos al romano iguales,  
¿así a recibirme sales,  
y estos triunfos me previenes?  
En lugar de parabienes  
me recibes para males.

¿Tú eres mi padre y desdices  
del amor que te ha obligado?  
Miente el ser que tú me has dado  
y mientes tú si lo dices.  
Hoy llorarás infelices  
mis años, padre crüel.  
Ciprés en vez de laurel  
Amor a mis sienes ata,  
pues si a otros con flechas mata,  
a mí con sólo un pincel.

ANTIPATRO: ¿Estás en ti?

HERODES: Estoy sin mí,

sin ser, sin alma, sin vida,  
sin cuerpo. Sombra fingida  
soy; no más de lo que fui;  
pero ¿qué te importa a ti  
que yo tenga seso o no?  
Quien el alma me quitó,  
¿cómo mi padre será?  
Ser el padre al hijo da;  
mi ser por ti pierdo yo.

Pues si no te debo nada,  
¿qué me quieres? Déjame.  
Una alma perdí, y hallé  
otra alma, pero es pintada.  
Mátame. Saca esa espada;  
más--¡ay, padre!--que estoy loco.  
Si a lástima te provoco,  
piadoso mi mal escucha;  
mas no, que es mi pena mucha  
y tu sentimiento poco.

Pero de mi poco seso  
está, padre, reducida  
la restauración y vida  
en esta mano que beso;  
que te he agraviado confieso,  
mi remedio y salud trata.  
¡Ay, mano crüel e ingrata!  
¿Cómo a los labios te llego,  
si de ti ha nacido el fuego

que mi esperanza maltrata?  
Huyendo de los engaños  
con que darme muerte quieres,  
me voy, tirano, no esperes  
remozar en mí tus años.  
Padres serán los extraños,  
..... [-er]  
pues tú lo dejas de ser;  
no soy tu hijo desde hoy,  
alma en pena, sí, que soy  
de una pintada mujer.

*Vase HERODES*

ANTIPATRO:     ¿Qué locuras serán estas  
que en confusión me han dejado?  
¿Qué hechizos, hijo, te han dado  
que en llanto envuelve mis fiestas?  
De tus acciones opuestas  
solamente he colegido  
que habiendo el seso perdido  
anuncias mi desventura.  
¿En qué retrato o pintura  
dices que te has convertido?  
Ya llamándome tirano  
riguroso te despides;  
ya, humilde, perdón me pides  
con los labios en mi mano;  
culpas me imputas en vano,  
que ignoro y saber deseo;  
o estás loco, o lo que creo  
por más cierto, estás celoso,  
que Amor con celos furioso  
las formas hurta a Proteo.  
Si porque al príncipe caso  
con Mariadnes se agravió,  
si fue el retrato que vio  
de su libertad ocaso.  
¡Oh, Amor liberal y escaso!



Ya mal podré remediarte,  
por más que intente curarte,  
si es el daño que recelo,  
porque a casarse Faseso  
a Jerusalén se parte.

Pues tienes alas, volaras,  
que en la presteza dispuso  
tu dicha, quien te las puso,  
y sus celos remediaras.  
Culpa tus plumas avaras  
y no a mí, ciego tirano,  
que cuando celoso, en vano  
pierda a Herodes, me consuelo  
del reino que por Faseso  
a mis sucesores gano.

*Vase ANTIPATRO. Salen HIRCANO, y ELIACER  
vistiéndole*

HIRCANO:       Al rey de Tiro agradezco  
su embajada y petición,  
mas llega en mala ocasión  
cuando al príncipe la ofrezco  
de Idumea, por quien reino.  
Es mi amigo y comarcano,  
díome el senado romano  
por su intercesión el reino.  
Hame pedido a mi hija  
para esposa de Faseso.  
Nuestra ley guarda, y el cielo  
me aconseja que le elija.  
Aristóbulo también  
a Salomé su hija hermosa,  
ha nombrado por esposa,  
y alegre Jerusalén  
su entrada espera festiva,  
pues desde su puerta santa  
arcos y estatuas levanta  
y antiguos muros derriba.

Esto al rey de Tiro di,  
y al de Sidón, que me pesa  
no admitir de la princesa,  
su hija, la mano, y "sí"  
para Aristóbulo, en fe  
de lo que la estimo y quiero;  
adelantóse primero  
el amor de Salomé  
y ganóle por la mano  
la mano que le apercibe.  
Lo mismo, Eliacer, escribe  
al rey de Persia, Artabano.

A la infanta de Corinto;  
al rey de Libano, Hirán,  
y a todos cuantos están  
dentro el ciego laberinto  
del amor de mis dos hijos;  
y en fe de casar con ellos,  
por generosos y bellos,  
son pretendientes prolijos,  
que siendo no más de dos  
mal tantos yernos tendré.

ELIACER: Liberal contigo fue  
en hijos y en reinos Dios.

Rey Sacerdote te ha hecho  
y el primero a quien ampara  
con la corona y tiara  
tu honra y nuestro provecho.

Dos hijos también te ha dado,  
milagros de la hermosura,  
con quien el cielo procura,  
eternizando tu estado,  
premiar de tus ascendientes  
el celo con que ampararon  
la ley que nos restauraron  
los Macabeos valientes.

El reino y los hijos goces  
siglos por años, señor.

HIRCANO: ¿Dónde están?

ELIACER: Dando al Amor

y fama plumas y voces.

Como la belleza cría  
Amor, y tan bellos son,  
con inseparable unión  
y amorosa compañía  
uno con otro retrata  
un Géminis que en el suelo,  
avergonzando al del cielo,  
usurpar su signo trata.

A caza querían salir  
por dar luz a este horizonte,  
y los caballos del monte  
mandaban apercebir.

### *Sale EFRAÍM*

EFRAÍM: Sal a uno de los balcones  
que honran tu parque, señor;  
que si en él los ojos pones,  
verás confuso el Amor  
en iguales opiniones,  
y a los dos príncipes bellos  
en dos caballos, y en ellos,  
Xantho y Pyrois transformados,  
por más que a su sol atados  
procura el sol detenellos.

Bordados caparazones  
portátiles tronos son  
cuyas verdes guarniciones  
labró Flora a imitación  
del campo hermoso a jirones.

Las crines entre distintas  
lazadas, si al mayo pintas  
que su tienda sale a abrir,  
no harás poco en distinguir  
si son flores o son cintas.

Ni el oro, aunque más presuma  
en los jaeces mostrar  
valor en suma, sin suma,

se podrá desestimar  
del esmalte de su espuma.

Los dos, en fin, muestras dan,  
uno bayo, otro alazán,  
cuán bien se les medra y luce,  
que si el viento los produce  
los apacienta el Jordán.

Los dos hermanos sobre ellos,  
suelos al sol los cabellos,  
robando almas y dando ojos,  
para que los suyos rojos  
trence envidioso de vellos.

Gabanes de verdemar  
honran, que el oro guarnece,  
dando a Amor que recelar,  
que en mar que esperanza ofrece  
no es cordura confiar.

Con cuchillos damasquinos,  
cuya hermosa guarnición  
al sol puede ofrecer signos,  
pues, cuando no estrellas, son  
sus piedras esmaltes finos,  
y de plumas tanta copia  
que entre ellas la fama propia  
fácilmente se ofusca,  
pues si Faetón las llevara  
no fuera negra Etiopia.

Dos sacres llevan ufanos  
que, en lugar de las pigüelas,  
grillos de sus pies livianos,  
habrán menester espuelas  
para salir de sus manos,  
pues ni águila ni garza real  
les podrá dar presa igual  
cuando la sigan traviosos  
como la que gozan presos  
a alcándaras de cristal.

De esta suerte, porque igualen  
pasatiempos con cuidados,  
que por los montes señalen

de cazar almas cansados,  
a caza de fieras salen.

Gózate en ver tus vasallos  
mil bendiciones echallos;  
mas los dos llegan aquí,  
no sé si a volver por sí,  
pues yo no supe pintallos.

*Salen a caballo, y vestidos como EFRAÍM dijo,  
ARISTÓBULO y MARIADINES*

MARIADNES: Para la felicidad  
de nuestra caza, señor,  
y vuelta con brevedad,  
su bendición y el favor  
nos dé vuestra majestad,  
porque en tales ocasiones  
la Fortuna satisfecha  
honraré nuestras acciones  
si su mano real nos echa,  
en una, tres bendiciones:  
de sacerdote primero  
y pastor de nuestra ley  
que reverencio y prefiero,  
de padre y luego de rey  
con que buen suceso espero  
cuando volvamos los dos.

HIRCANO: Ya todas tres las gozáis  
Mariadnes bella, vos,  
pues que apacible os lleváis  
la mía, del pueblo y Dios.

Garzas el viento embaracen  
sin que el neblí las dé enojos,  
que cuando el cielo amenacen  
no es mucho que vuestros ojos  
siendo garzos, garzas cacen.

Y vos, Aristóbulo mío,  
¿también salís a cazar?

ARISTÓBALO: Amor alienta mi brío.

No hay de cazar a casar  
mucho; y pues me casas, fío  
de mi ligera esperanza  
empresas dignas de fe  
contra el olvido y mudanza,  
que si es garza Salomé,  
más vuela Amor, pues la alcanza.

Dejad, señor, que la siga  
el alma que en ella adora,  
si una caza a la otra obliga.

MARIADNES: Ya, padre y señor, es hora.

HIRCANO: El mismo Amor os bendiga.

No os alejéis porque esté  
alegre nuestro horizonte  
si en sus cristales os ve,  
que yo a la casa del monte  
a recibiros saldré.

*Vanse. Salen PACHÓN y TIRSO, pastores*

TIRSO: En fin, ¿vos tenéis amor  
a Fenisa?

PACHÓN: Mirad, tío,  
yo no sé si es amorío,  
si estangurria o si sudor.

Mas sea lo que se sea,  
mi real, como dijo el otro,  
en viéndola me quillotro  
y el alma se me menea.

El pecho se me bazuca  
y me dan ceciones luego;  
si éste es amor doile al fuego,  
que, pardiez, que es mala cuca.

Si vuesa edad no me endilga  
lo que es esto, abrid la huesa  
a Pachón.

TIRSO: Celera es ésa.

PACHÓN: Estoy hecho una pocilga  
de celos, que por ser tercos,

ponerse siempre de lodo  
y andar gruñéndolo todo  
se comparan a los puercos.

TIRSO: Pues bien, y ella, ¿sabe acaso  
que la amáis?

PACHÓN: Sí.

TIRSO: Bueno está;  
y ¿habéisla hablado?

PACHÓN: Verá.  
Pullas la echo a cada paso.

TIRSO: Pescudo si la habéis dicho  
vueso amor.

PACHÓN: Por comparanzas,  
tal vez hay, que entre otras chanzas  
la declaro mi capricho.

TIRSO: ¿De qué modo?

PACHÓN: Daros quiero  
cuenta de vuesa demanda.  
Ya vos veis del modo que anda  
el gaticinio en Febrero.

Estaba una gata bizca  
con cierto gato rabón  
allá en el camaranchón,  
tan tierno él como ella arisca,  
cual si les pegaran ascuas  
diciéndose cada uno  
en su lenguaje gatuno...

TIRSO: Sí.

PACHÓN: ...los nombres de las Pascuas.

Porque si explicaros quiero,  
él siempre que maullaba  
de maulera la llamaba  
y ella con "fuf" de fullero.

En fin, con gritos feroces  
andaban dando carreras,  
que gatos y verduleras  
sus faltas se echan a voces.

Escuchábalos Fenisa,  
quizá envidiosa de verlos,  
y yo, que iba a componerlos,

la manga de la camisa  
la así, porque no se escape;  
y como el amor me afrige,  
"miz," hociendo la dije,  
pero respondiendo "zape,"  
me dio en la cara un aruño  
que un carrillo me llevó;  
agarréla entonces yo,  
mas ella cerrando el puño  
escopir me hizo dos muelas  
deshaciéndome el gallillo.

TIRSO: Hizo bien, porque un gatillo  
de ordinario es sacamuelas,  
y ese fue lindo favor.

PACHÓN: ¿Lindo? A otros dos si me toca  
me ha de despoblar la boca;  
pero otro me hizo mayor.

TIRSO: ¿Mayor, cómo?

PACHÓN: Hué al molino,  
y yo tras ella, antiyer;  
y acabando de moler  
llegué a cargarle el pollino.  
Y él cuando el costal le pongo  
dos yemas sin clara echó,  
y a la primera que vio  
dijo, "¡Papaos ese hongo!"  
Yo, como la vi burlar,  
las manos la así y besélas,  
y apartómelas y apartélas,  
y volviómelas a apartar.  
Tiróme una coz después,  
pronóstico de una potra,  
y yo tornándole otra  
jugamos ambos de pies.  
y volviendo a porfiar,  
volvióme dos y aparélas,  
y tirómelas y tirélas,  
y volviómelas a tirar.

TIRSO: ¿Qué más quieres si conoces  
que te hace tanto favor?



PACHÓN: Dad al diablo, tío, el amor  
que entra a pellizcos y coces.

*Sale FENISA*

FENISA: Valga el dimonio la gente  
y quien acá la envió.

PACHÓN: Ésta es mi Fenisa.

FENISA: ¡Yo,  
que te estriego!

*Llégase a ella y FENISA le da una  
coz*

TIRSO: Impertinente,  
dila, si casarte tratas,  
que tenga de ti mancilla.

PACHÓN: Llegad vos a persuadilla  
que tenga quedas las patas.

FENISA: ¡Oh! ¿Es mi tío?

TIRSO: Pues ¿con quién  
gruñís?

FENISA: Con el diablo gruño.

PACHÓN: Burlaos con ella.

FENISA: El dimuño  
sacó de Jerusalén  
aquestas damas machorras  
que, olvidando los chapines,  
andan corriendo rocines,  
cazando gangas o zorras.  
Y con unos pajarotes  
tan grandes como milanos  
que atados traen en las manos  
con borlas y capirotos,  
no han dejado lino a vida.

TIRSO: Nuevos príncipes serán  
que a volar garzas saldrán.

FENISA: Yo vengo tan aburrida,

que quizá el diablo los trajo  
acá. Si la honda descieño...

PACHÓN: ¡Mirad vos qué lindo aliño  
de decirla un resquebrajo!

Fenisa, vuestos hocicos  
me traen tan emberrinchado  
desde que antiyer al prado  
llevábamos los borricos,  
que como amor me provoca  
hoy he dado en retozón.

FENISA: ¡Yo, que te estriego, Pachón!

### *Dale un mojicón*

PACHÓN. ¡Ay!

TIRSO: ¿Dónde te dió?

PACHÓN: En la boca,  
machucádomela ha toda.

A este andar, si no que os duela,  
no ha de haber diente ni muela  
para el día de la boda.

### *Salen HERODES y JOSEFO*

HERODES: No la gozará Faseló,  
por más que lo intente Hircano,  
aunque del primer hermano  
renueve agravios el cielo.

JOSEFO: Si ya se la ha prometido,  
¿cómo estorballo podrás?

HERODES: Loco estoy y necio estás;  
amor que no se ha adquirido  
con dificultad no sé  
que tenga estima ni fama.  
Veré mañana a mi dama;  
mi hermano la pintaré  
de suerte que lo aborrezca.  
Diré que es desagradable,  
descortés, tosco, intratable,  
y porque mal le parezca,

como tú el fin me acredites,  
pintaré en él el extremo  
de un esposo, un Polifemo,  
de un Coricleo, un Tersites.

Pero ¿qué gentes son éstas?

JOSEFO: Rústicas de estas montañas,  
cuyas pajizas cabañas  
desprecian cortes compuestas.

HERODES: ¿Cuánto está Jerusalén  
de aquí, buen hombre?

PACHÓN: Una legua  
que se la papa mi yegua,  
señor, en un *sancti amén*.

Mas ¿para qué lo pescuda  
si viene a cazar de allá  
con la infanta?

HERODES: Pues ¿está  
la Infanta aquí?

PACHÓN: ¡Buena duda!

FENISA: En un caballo sobida,  
como hombre desparrancada,  
a la jineta ensillado.

PACHÓN: Tomárala yo a la brida.

FENISA: Nos trae puestos en rencilla  
de verla así cada vez,  
si deja la doncellez  
la infanta sobre la silla.

HERODES: Y vos, serrana de plata,  
¿vivís aquí?

FENISA: Desde hoy más.

PACHÓN: Quítese él de detrás  
que es falsa de aquesa pata.  
Guárdese que no le borre  
de un golpe el encaramiento.

JOSEFO: Sobre un caballo del viento  
vuela un cazador o corre.

*Ruído de dentro, cono que corre un caballo*

TIRSO:           Será el príncipe, que hoy  
                  vuela garzas por aquí.

*Voces dentro*

                  ¡Tener, tener!

HERODES:                   ¿Cayó?

JOSEFO:                    Sí.

MARIADNES:    ¡Válgame Dios, muerta soy!

HERODES:        ¡Terrible golpe!

TIRSO:                    No mueve

                  pie ni mano.

HERODES:                A darle ayuda  
                  me manda el amor que acuda.

*Éntranse HERODES y JOSEFO*

FENISA:        Mas que el diablo se la lleve,  
                  que así mis linos maltrata.

PACHÓN:       Si él vuestros sembrados pisa  
                  no os venguéis en mí, Fenisa,  
                  apartad allá la pata.

*Saca HERODES a MARIADNES desmayada en los  
                  brazos*

HERODES:        Pastores, sentid conmigo  
                  hoy la pérdida mayor  
                  que pudo hacer el Amor.  
                  Llamadme, si es que os obligo,  
                  venturoso, desdichado,  
                  en el hallazgo que he hecho.

FENISA:        Que es el príncipe sospecho.

PACHÓN:        Mas ¿si se ha descalabrado?

FENISA:        No es sino la hermosa infanta  
                  de Jerusalén.

HERODES:        Si muere,

ni el sol dar vueltas espere  
a su hermosa esfera y santa,  
ni en sucesión infinita  
piense la naturaleza  
eslabonar su belleza  
cuando la mayor nos quita,  
que del fuego que amenaza  
en el diluvio segundo  
la destrabazón del mundo  
llegó al término.

FENISA: Esta caza  
dola al diablo, nunca ha hecho,  
si este bien, a los que engaña.

TIRSO: En esta pobre cabaña,  
aunque grosero, hay un lecho:  
de heno y paja está lleno,  
echadla sobre él, señor,  
que toda hermosura en flor  
viene a rematar en heno.

HERODES: Decís bien. ¡Ay suerte incierta!  
¡Qué avarienta os me mostráis,  
pues la dicha que me dais  
o es pintada o medio muerta!

### *Llévala HERODES*

PACHÓN: ¡Por Dios que es desgracia extraña!

FENISA: ¿Quién diablos la metió a ella  
en andar, siendo doncella,  
corriendo por la montaña  
a caza sobre un rocín?

TIRSO: La mujer, si es recogida,  
no ha de tener más caída  
que la de un bajo chapín.

FENISA: Metióse en oficio ajeno,  
tomóse lo que la vino;  
que lo que pecó en mi lino  
lo paga ahora en mi heno.

PACHÓN: ¿No será bien avisar

a los que, desparramados,  
andan por montes y prados  
y vinieron a cazar

con ella, que a remediarla  
acudan? No se nos muera  
entre manos

TIRSO: Bueno fuera  
que aquí viniesen a hallarla  
y nos pidiesen su muerte.

PACHÓN: ¡Oste puto! A avisar voy  
al reye.

FENISA: Yo también soy  
de tu opinión.

PACHÓN: De esa suerte  
tú a los cazadores llama,  
yo iré a Jerusalén.

TIRSO: Yo voy contigo también,  
que si se muere en mi cama  
antes que se certifique,  
mos tiene de acrebillar  
el reye.

FENISA: No hay que dudar,  
por Dios, que nos crucifique.

*Vanse. Salen HERODES y JOSEF*

HERODES: Esperanza da de vida,  
puesto Josefo que poca,  
a lo menos con su boca,  
temiendo la despedida  
del alma, la mía sellé  
para que, cuando saliera  
en aura, no se me huyera,  
porque cuando imaginé  
que bebiéndola el aliento  
el alma, que salir duda,  
fuera huésped que se muda  
de uno en otro aposento.  
Debiólo de echar de ver,

y temiendo sus agravios,  
cerró el recelo los labios  
y volvió a retroceder  
al corazón, donde ordena  
vivir de asiento y me abrasa,  
porque, dueño de tal casa,  
¿cómo vivirá en la ajena?  
Ve por agua, mi Josefo,  
podrá ser que vuelva en sí.

JOSEFO: Harélo, señor, así.  
Amante y solo te dejo.

Que traiga el agua querrás  
de las más lejas corrientes  
que dan cristal a sus fuentes,  
para que me tarde más.

Voy, pues, que no es de perder  
por mí lo que tu amor fragua.  
Yo volveré con el agua  
cuando no sea menester.

### *Vase JOSEFO*

HERODES: Alma, agora sí que os veis  
en más confusa porfía.  
Al amor y cortesía  
en competencia tenéis.  
La ocasión porque gocéis  
lo que vuestra fe merece,  
a vuestra dama os ofrece;  
cuando contra la esperanza  
la nobleza y confianza  
la defiende y favorece.  
Enamoróme pintada,  
y la ocasión y ventura  
me la dan casi en pintura,  
pues me la dan desmayada.  
La cortedad es culpada  
en quien se precia de amar,  
mal el Amor podrá usar

finezas hoy cortesanas.  
Entre cabañas villanas  
la ocasión entro a gozar.

Pero, Amor, si no os reporto,  
mi nobleza os culpará  
preciar de cortés, pues va  
poco de cortés a corto.  
No por un deleite corto  
intenté perder así  
los blasones que adquirí;  
detened el paso, Amor,  
que no hay vitoria mayor  
como es el vencerse a sí.

Mas si pierdo por cortés  
la ocasión, ¿volveré a hallalla?  
No, que el tesoro que uno halla  
en el campo, suyo es.  
Si tengo derecho pues,  
al que aquí acabé de hallar  
y me le viene a quitar  
Faselo en mi menosprecio,  
en perderle seré necio.  
La ocasión entro a gozar.

Mas no gozo, si lo advierto,  
sino como Pigmaleón,  
una estatua sin acción.  
Volved en vos desconcierto;  
que gozar un cuerpo muerto  
será brutal frenesí;  
la vida cortés la di,  
dadla también el honor,  
que no hay hazaña mayor  
como es el vencerse a sí.

Obligaréla cortés,  
si sabe que he refrenado  
apetitos al cuidado,  
ganancias al interés.  
Para asegurarla, pues,  
mudarme intento el vestido  
por el de pastor fingido,



ya que asegurarla quiero,  
que en viéndome caballero  
ha de juzgarme atrevido.

Trajes vi de cazadores  
colgados en la cabaña,  
haced hoy en mí--¡oh montaña!--  
transformaciones de amores.  
No paguéis en disfavores  
cortesanías cortedades,  
que, si en estas soledades  
no me ayudáis, siendo dios,  
formaré quejas de vos  
y no me fiaré en deidades.

*Vase. Sale MARIADNES*

MARIADNES: ¡Cielos! ¿Quién me trajo aquí  
y entre estos bárbaros techos,  
en una cabaña pobre  
de aqueste modo me ha puesto?  
¿Dónde están mis cazadores?  
El príncipe, ¿qué se ha hecho?  
¿Cómo sólo me han dejado?  
¿Si imaginan que me he muerto?  
Acuérdome que caí  
de un caballo que siguiendo  
una garza remontada  
iba imitando su vuelo,  
y, aguardando la vitoria  
de dos halcones soberbios,  
imaginé con sus plumas  
vender despojos al viento.  
Debíme de desmayar  
más del golpe que del miedo,  
y algún pastor que me vio  
me trajo y redujo al heno  
de su rústico descanso  
pabellones opulentos.  
Si esto es así, ¿dónde está?

¡Ay temerosos recelos!  
¿Si han hecho afrenta a mi honor  
villanos atrevimientos?  
Yo mujer y sin sentidos,  
descorteses y groseros  
labradores licenciosos,  
la ocasión vendiendo al tiempo  
tesoros que la honra guarda.  
Yo, sobre el humilde lecho  
de una despreciada choza,  
mis vestidos descompuestos,  
ausente el que aquí me trajo,  
conjeturad pensamientos,  
mi desdicha y vuestro daño,  
y dadme muerte si es cierto.  
¿Quién duda que si violó  
un cuerpo sin alma el dueño  
bárbaro de este hospedaje,  
que con las alas del miedo  
huiría el justo castigo  
encomendando al silencio  
afrentas que ya la fama  
esparcirá por los vientos?  
¡Triste de mí! ¿Qué he de hacer?  
Mil veces maldiga el cielo  
al inventor que los gustos  
cifró en el errante vuelo  
de un pájaro codicioso,  
que entre leves pasatiempos  
de plumas que lleva el aire,  
Ícaro al honor ha hecho.  
Mas de la misma cabaña,  
sino del mal que sospecho,  
parece que un pastor sale.  
Hombre, ¿qué buscas adentro?

*Sale HERODES de pastor*

HERODES: Busco lo que hallando en vos,

después que con vida os veo,  
ha de hacer, hermosa infanta,  
corte ilustre este desierto.  
Agua rosada salí  
a pedir a un arroyuelo  
que, coronado de rosas,  
les bebe el licor de Venus,  
para espantar el desmayo  
que de vuestro rostro bello  
tiranizaba las flores  
de Amor, que es su jardinero.  
Mas, ya que volviendo en vos  
la luz al sol habéis vuelto,  
la primavera a estos prados,  
las estrellas a estos cielos,  
para dar a la Fortuna  
justos agradecimientos,  
quisiera que me feriaran  
sus lenguas los lisonjeros.

MARIADNES: ¿Sabéis quién soy?

HERODES: Por mi dicha.

MARIADNES: ¿Quién me trujo aquí?

HERODES: Recelo

si os lo digo, gran señora,  
que he de aguaros el contento.

MARIADNES: ¡Ay de mí! ¿Por qué ocasión?

Temores, si salís ciertos,  
yo haré en mi vida injuriada  
lo que el desmayo no ha hecho.

HERODES: Corriendo sobre un caballo,

que del tercer elemento  
debió de heredar las alas,  
sino es que el dios mensajero  
sus talaes le prestó,  
íbades siguiendo el vuelo  
de una garza perseguida  
de dos halcones hambrientos,  
cuando en un hoyo que puso  
la envidia, que salió a veros,  
tropezando, renovaste

llantos del hijo de Febo.  
Y retratando de Fidias  
un mármol sin vida bello,  
casi a infundiros el alma  
quiso volver Prometeo.  
Lloraban vuestra desgracia  
las aves de este desierto,  
las flores de aquestos prados,  
las fuentes, guarnición de ellos,  
cuando llegó presuroso  
un atrevido mancebo,  
si villano en sus acciones,  
en su traje caballero,  
y honrando con vos sus brazos  
en mi humilde alojamiento,  
el ébano y el marfil  
tuvieron envidia al heno.  
Lastimado y compasivo  
buscara el temor remedios  
en boticas naturales  
de simples no descompuestos,  
cuando, cargado de hierbas  
como de lágrimas, vuelvo  
a dar vida a vuestro honor,  
en vez de dársela al cuerpo,  
porque el atrevido joven  
desnudo intentaba y ciego,  
por dejar injurias vivas,  
usurpar despojos muertos.  
Yo entonces, que aunque villano,  
tan ilustre el alma tengo  
que por no violentar frutos  
las encinas no vareo,  
diciéndole mil oprobios  
con medio roble grosero,  
a lascivos desatinos  
puse noble impedimento.  
Y despreciando las voces  
con que dijo, "Hombre grosero,  
advierte que a quien injurias

es al príncipe Faseló,  
que, a pesar de pretendiente,  
a ser de la infanta vengo  
venturoso poseedor,  
si no legítimo dueño.  
No estorbes en daño tuyo  
ocasiones con que el tiempo  
imposibles facilita  
para que cumpla deseos."  
Afrentado le hice huir,  
despejando el aposento,  
porque no hay descortesía  
a quien no acompañe el miedo.  
Fue a buscar vasallos suyos  
porque, volviendo con ellos,  
con agravios dé principio  
a tu amor, señora, honesto.  
Aun no le dejé tomar  
las ropas reales, que ofrezco  
en muestra de mi valor  
y prueba de sus intentos;

*Saca sus vestidos*

que quien desnudó del alma  
el noble comedimiento,  
bien merece por castigo  
que lleve desnudo el cuerpo.  
Si aguardas su vuelta torpe,  
que tardará poco, pienso  
que has de llorar deshonrada  
violadores menosprecios.  
Porque no intenta casarse  
el que pretende violento  
gozar despojos robados  
que le vienen de derecho.  
Éstas son las ropas tuyas,  
y los brazos, señora, éstos,  
que en defensa de tu fama

serán del honor trofeos.  
Mira lo que determinas,  
que, si tomas mi consejo,  
huyendo de los peligros  
sale vitorioso el cuerdo.

MARIADNES: Pastor... no pastor, mas sí;  
que pues hoy del lobo fiero  
la inocencia de mi fama  
has defendido, no tengo  
blasón mejor con que honrarte.  
Yo pagaré lo que debo  
a tu generoso trato  
con largos y nobles premios.  
Estos vestidos infames  
tu verdad abonan, puesto  
que tal vez juraran falso  
si a Josef doy por ejemplo.  
Vamos a Jerusalén,  
donde, con honroso trueco,  
justos premios satisfagan  
la nobleza de tus hechos,  
y donde, libre y seguro,  
juzgue el aborrecimiento  
descorteses desacatos  
del atrevido idumeo.  
¿Cómo te llamas?

HERODES: Claricio.

MARIADNES: Hacerte claro prometo  
entre cuantos la privanza  
sobre sus alas ha puesto.

HERODES: Dame a besar esas manos.

(¡Oh Amor criado en enredos, **Aparte**  
con bien de aqueste me saca,  
labraréte de oro un templo!)  
Atado al tronco dejé  
un caballo de aquel cedro,  
sube en él, seré la aurora  
que va delante de Febo.

*Vanse. Salen HIRCANO, FASELO, ARISTÓBULO,*

*SALOMÉ, ELIACER, EFRAÍM y los pastores, FENISIA,  
PACHÓN, y TIRSO*

HIRCANO: Muerta la infanta mi hija,  
quebró el cristalino espejo  
en que la naturaleza  
se miraba.

FASELO: Si esto es cierto,  
en túmulos lastimosos  
los tálamos de Himeneo  
ha convertido la envidia,  
cuando a desposarme vengo.  
De mi vida a su memoria  
la haré sacrificios tiernos,  
sin que a restaurarla basten  
persuaciones ni consuelos.

ARISTÓBALO: ¿Aquí dices que mi hermana  
quedó?

PACHÓN: Como se lo cuento.

*Entran*

HIRCANO: Entrad por ella, ¡ay de mi!  
¿Cómo vivo, pues que muero?

*Salen*

ELIACER: No hay en toda esta cabaña  
sino es en su pobre suelo  
unas pajas miserables,  
y entre sayales groseros  
estos curiosos y nobles.

*Saca los vestidos de HERODES*

TIRSO: ¡Aun el diablo vería eso!

HIRCANO: Villanos, ¿qué es de mi hija?

¿No habláis?

PACHÓN: ¿Qué quiere que hablemos?

FENISIA: ¿No le juimos a llamar?

¿No la pusimos ahí dentro,  
quemando porque oliscaba  
a manojos el espliego?

Quizá quien la agarró el alma  
volvió después por el cuerpo,  
o la comieron a escote.

algunos grajos y cuervos.

FASELO: ¿Estos vestidos no son  
de mi hermano?

HIRCANO: ¡Ay santos cielos!

Sin duda, que por robarle  
estos villanos le han muerto.

TIRSO: ¡Aún peor está que estaba!

ARISTÓBALO: ¿Hay más trágico suceso?

HIRCANO: ¿Qué es de mi hija, traidores?

FASELO: Mi sol, mi luz, ¿qué se ha hecho?

PACHÓN: ¿Hay son que, si se ha perdido,

le dé un real al pregonero  
prometiéndole buen hallazgo?

HIRCANO: ¡Oh crüeles! Ya sospecho

que por hurtarles las joyas,  
homicidas y avarientos,  
dos soles habéis quitado  
que daban luz a mis reinos.

Enterrados los habrán.

PACHÓN: No les faltará a lo menos,

si es cerote lo que sudo,  
cera hilada en el entierro.

HIRCANO: Prended esta vil canalla,

descoyuntadla a tormentos  
hasta que la verdad digan.

PACHÓN: Fenisa: potro tenemos.

FENISA: Más quisiera tener potra.

HIRCANO: ¡Ay desventurado viejo!

No dejéis piedra ni planta



de este monte, caballeros,  
que no busquéis.

ARISTÓBALO:                    ¡Triste caso!

PACHÓN:        Yo os juro a Dios que me huelgo.

FENISA:        ¿De qué?

PACHÓN:        De que os han de dar  
en el potro pan de perro.

*Vanse*

FÍN DEL ACTO PRIMERO

## ACTO SEGUNDO

*Salen MARIADNES y HERODES, de pastor*

MARIADNES: Deja, pastor, que el sol sus flechas quiebre  
en las hierbas menudas que marchita  
y a ese caballo dan fértil pesebre;  
y mientras el tirano solicita  
mi deshonra y su bárbara venganza  
por la ocasión que tu valor le quita,  
entre estas sombras que el rigor no alcanza,  
y en cuyas hojas leves representa  
a los tiempos el viento su mudanza,  
premiada tu lealtad tome a su cuenta  
principios de favores que te debo,  
y porque los asiente, aquí te asienta.

HERODES: Afrentaránse de favor tan nuevo  
estos cedros y palmas, gran señora,  
de la ventaja y dicha que les llevo;  
quisieran ellos humillar agora  
sus elevadas cumbres y cabezas  
para besar tus pies, que el mundo adora.

MARIADNES: El campo siempre obliga a las llanezas  
que la ambición desprecia, dando silla  
a la soberbia hinchada con grandezas;  
de aquí a Jerusalén habrá una milla;  
siéntate, que de noche entrando en ella  
aseguro peligros.

*Siéntase MARIADNES e hinca HERODES la  
rodilla*

HERODES: La rodilla  
hincada, como a imagen de amor bella,  
es mejor que te adore agradecido

a mi propicia y venturosa estrella.  
MARIADNES: Éste es mi gusto, acaba.

*Siéntase HERODES*

HERODES: ¡Que ha podido  
mi dicha verme junto al sol sentado!  
Amorosa deidad, perdón os pido.

MARIADNES: Agora, pues, que nos convida el prado  
a divertir agravios del estío  
y dar lícitas treguas al cuidado,  
quiero que dejes satisfecho el mío,  
que, en mil contradicciones, te prometo,  
se quieren persuadir a un desvarío.

Mil cosas he mirado en tu sujeto  
tan opuestas y nuevas como extrañas.  
Si rústico, ¿cómo eres tan discreto?

No niego yo que a veces las montañas  
no fertilice el cielo dando en ellas  
al ingenio, al valor y a las hazañas.

Comunes son a todos las estrellas,  
y entendimientos hay que entre sayales,  
en cuerpos toscos, cubren almas bellas;  
pero por más que influyen naturales,  
no retóricas lenguas, que consisten  
en idiomas de corte artificiales,

los que antíparas toscas cual tú visten,  
con palabras groseras satisfacen  
a los que en techos míseros asisten;

que aunque es verdad que los ingenios nacen  
delicados, tal vez en cualquier parte,  
los oradores con el uso se hacen,  
o la naturaleza pule el arte.

Tú, pues, sin él, que afrentas la elocuencia  
y a Demóstenes puedes compararte,

¿cómo, falto de letras y experiencia,  
sutilizas conceptos y palabras  
y a Atenas hurtas el lenguaje y ciencia?

Y aunque el misterio a mis enigmas abras,

con respuestas que ignoro y dificulto;  
dime si al sol y al aire riges cabras  
y su inclemencia por el monte inculto  
los rostros tiraniza, pues los yerra  
como si el ver sus rayos fuera insulto.

Si el cultivar la siempre fértil tierra  
paga surcos en callos que en las manos  
por la dureza imitan a la sierra,

¿cómo injurias afeites cortesanos,  
siendo excepción de generales leyes?  
¿Tú solamente culto entre villanos?

Manos groseras que al arado y bueyes  
acostumbradas el trabajo tuesta,  
¿pueden en ti afrentar las de los reyes?

Cara, que a la del sol adusto opuesta,  
jamás huyó el encuentro a sus rigores,  
¿compite con la dama más compuesta?

A tu traje desmientes, tus colores,  
por más pastor que intentes con negallo  
encubrirte entre engaños labradores,  
cuando agora la silla del caballo  
la sed me hizo dejar de aquella fuente  
que de ti murmuraba lo que callo,

y tú, templando del calor ardiente  
la furia rigorosa con su risa  
bañaste en su cristal manos y frente;

testigo contra ti fue la camisa  
que, por el cuello libre del ultraje  
con que la encierras en sayal me avisa  
no dicen bien las puntas de su encaje  
con el buriel hipócrita que aforra  
en blanco lino el penitente traje.

Declárame este enigma, si no borra  
tu poca confianza en el secreto  
lo que te debo; así el cielo socorra  
tus esperanzas con dichoso efeto.  
Las dudas satisface, di cómo eres,  
si rústico pastor, galán discreto.

HERODES: Ya que apurar mis pensamientos quieres,  
curiosa por saber sucesos míos,

por imitar a las demás mujeres,  
oye de la Fortuna desvaríos  
que ya que no te admiren, te entretengan,  
mientras aquestos árboles sombríos  
por huésped bello tu hermosura tengan.

Ya que el sutil ingenio  
hijo de esa alma noble,  
curioso inquisidor  
de celos y de amores,  
sacando del sagrado  
donde el secreto absconde,  
sucesos de mi vida,  
discreta los conoce,  
sabrás, hermosa infanta,  
que el rey del sacro monte  
que a Salomón dio cedros  
para que el templo corte  
y Hiram el mundo llama,  
se honra con el nombre  
de padre mío, puesto  
que injuria estos blasones.  
Fertilizó su sangre  
en himeneos conformes,  
el cielo con tres hijos,  
los dos de ellos varones.  
Y siendo yo el pequeño,  
mis años corresponden  
al grado en que he nacido  
que en dichas son menores.  
Como perdí el derecho  
al reino, que dispone  
su herencia al mayorazgo,  
porque los demás lloren,  
mis quejas satisfizo  
con darme en fuerzas dobles  
para un alma de cera  
un corazón de bronce.  
Dispúsome a la guerra,  
que en ella inclinaciones

dan a segundos hijos  
riquezas y opiniones.  
Y haciendo alarde al viento  
de plumas y atambores,  
de galas a Cupido  
y a Marte de escuadrones,  
salí contra el de Arabia  
que, descuidado entonces,  
pagaba en verdes años  
censo en deleites torpes.  
Vencíle, brevemente,  
que ahorrando digresiones  
no con prolijos cuentos  
pretendo que te enojés;  
dándole, pues, la muerte,  
a su vivir conforme,  
di a mis hazañas reinos  
y a mi valor renombres.  
Y mientras que permito  
que afrenten y despojen  
tesoros y hermosuras  
soldados vencedores,  
en una galería  
entré, que en artesones  
dorados eran suma  
del cielo y de sus orbes.  
Caía a un jardín bello  
por cuyos corredores  
jazmines frescos eran  
escalas de sus flores.  
Colgaban sus paredes  
pinceles triunfadores  
de la naturaleza,  
cuyas ostentaciones  
bellezas celebraban,  
robaban corazones  
y daban almas vivas  
alientos y colores.  
En medio estaba un cuadro  
y en él--no sé cómo ose

píntarle sin su injuria  
mi lengua agora torpe--  
un fénix de belleza,  
poco dije, perdone  
la diosa enamorada  
que en rosa volvió a Adonis.  
Yo sé que si la viera  
el dios del cuarto coche  
causara nuevos celos  
a Clicie y a Leucote;  
menospreciara a Onfale,  
el que la rueca pone  
por el mayor trofeo  
de sus trabajos doce.  
Mas, para no cansarte,  
si quieres que la copie,  
mírate en el espejo  
de ese cristal que corre,  
que estando tú presente,  
porque su vista goce,  
no hay para qué sutiles  
buscar comparaciones.  
Metieronla en el alma  
ojos adadores,  
pagando, como el griego,  
hospicios con traiciones.  
Y yo sin mí y con ella  
volví a ostentar perdones,  
dando a mi patria vuelta  
que con festivas voces  
sus Venus y Narcisos,  
de Amor adadores,  
alegres me esperaban  
con triunfos y ovaciones.  
Mi padre y dos hermanos,  
no sé si así los nombre,  
quisieron por mi cuello  
desocupar balcones.  
Y oyendo parabienes,  
gozando aclamaciones,

cantándome vitorias  
Homeros y Anfiones,  
veo a mi padre ingrato  
--¡Ay si muriera entonces!--  
del rey Orbel de Lidia  
honrando embajadores.  
Traíanle el retrato  
de la princesa Doris,  
y el sí con el de esposa  
para mi hermano Orontes.  
Pagaba el rey albricias  
con gracias y con dones,  
y el príncipe lozano  
exageraba amores.  
Cuando los dos me dicen,  
"A tus victorias nobles,  
añade, Periandro,  
la dicha que hoy conoces  
en tu mayor hermano,  
pues es ya su consorte  
el sol que a Lidia alumbra  
en tálamos conformes."  
Dejéronme el retrato,  
solícitos disponen  
recibimientos reales;  
mandan que palios borden,  
triunfales arcos labran  
con versos y con motes.  
Ya ingenios muestran prendas  
que premien intenciones.  
Partiéronse, al fin, todos,  
y yo, como quien oye  
la capital sentencia  
si impróvido le coge,  
estatua fui de mármol  
por dos horas, inmóvil,  
que repentinas penas  
suspenden las acciones.  
Pero volviendo en mí,  
furioso de que roben



tesoros de esperanzas  
tiranos salteadores,  
cual onza que los hijos  
le llevan cazadores,  
partí desesperado;  
y sin saber por dónde,  
sin seso y sin camino,  
mil veces con mil voces  
enmudecí las aves  
y lastimé los montes.  
Llegué al fin a un desierto  
rasgando el traje noble  
--que mal sufrirá abrigos  
quien un volcán absconde--  
y allí, a no socorrerme  
solícitos pastores,  
fuera sin duda presa  
de tigres o leones.  
En fin, determinado  
de huir soberbias cortes,  
destierro de verdades  
y amparo de ambiciones,  
compuse una cabaña  
de ramos y de adobes  
donde pobrezas ricas  
huyen riquezas pobres.  
Pero, cuando gozaba,  
en vez de aduladores,  
por dulces compañeras  
mis imaginaciones,  
una apacible tarde,  
umbrales de la noche,  
que el cielo se vestía  
rosados arreboles,  
veo venir huyendo  
una mujer de un hombre,  
si aquél que gustos fuerza  
es digno de este nombre.  
Opúseme a su furia  
con pasos tan veloces,

que a un tiempo le alcanzaron  
mis pasos y mis voces.  
Y siendo el instrumento  
de su castigo un roble,  
a su torpeza y vida  
dio fin un solo golpe.  
Volví a ver mi agraviada,  
y hallé que los colores  
de nieve y rosicleres,  
con un desmayo inorme,  
en gualdas y violetas  
trocaba, dando entonces  
premisas a la muerte,  
obsequias a las flores.  
Pero, reconociendo  
sus eclipsados soles,  
originales bellos  
de aquella imagen noble  
que el alma me ha robado  
agravios y favores,  
agradecí con quejas  
al ciego Amor sin orden.  
¿Qué hallazgo tan divino  
con tal pesar congoje?  
Mas ¿cuándo dio el Amor  
deleites sin dolores?  
Cogíla alegre y triste  
en brazos, y sirvióme  
al cuello de cadena  
libre en tales prisiones,  
y en un grosero albergue,  
sobre unas pajas pobres,  
deposité aquel cielo,  
de Amor primero móvil.

MARIADNES: Pastor ilustre, espera,  
primero que provoques  
sospechas que en el alma  
engendran mis temores.  
Con la verdad me engañas,  
pues pienso que propones

sucesos de mi vida  
trocando el reino y nombres.  
Casi lo que refieres,  
antes que el cuento tornes,  
para pintar mi historia,  
te da falsos colores.  
Yo debo ser, sin duda,  
la que, llamando Doris,  
cuando a Faselos aguardo,  
me das por dueño a Orontes.  
¿Qué es esto?

HERODES:                    Infanta bella,  
sosiega y no te asombren  
sucesos que a las veces  
hermanan ocasiones.  
No es ésta la primera  
que en dos distintos nombres,  
naturaleza sabia  
un mismo rostro forme.  
¿Qué mucho, pues, que así  
amor sujetos forje  
con cuya semejanza  
engendre admiraciones?

MARIADNES:    No sé qué diga en eso,  
tú mismo me responde,  
y acaba de sacarme  
de tantas confusiones.

HERODES:    Quedaba de mi historia...

MARIADNES:    En que dejaste a Doris  
dando con su desmayo  
a Amor ponderaciones.

HERODES:    Viéndola, pues, así,  
y que para que goce  
cabellos la ocasión  
al viento los descoge,  
su poca resistencia,  
la soledad de un monte  
y, en fin, Amor que ciego  
casi imposibles rompe,  
por poco me vencieran

con necias persuasiones  
a que el valor olvide  
y que la honra postre.  
Mas la razón, que cuerda,  
noblezas reconoce,  
ató al atrevimiento  
deseos y ocasiones.  
Pues sólo satisfecha  
con que la vista goce  
despojos sin injuria  
del sol que es bien que adore,  
licencia dio a los labios  
para que, mientras cogen  
el ámbar de su aliento  
se impriman en sus flores.  
Pero antes que prosiga  
mis lícitos amores,  
bellísima señora,  
¿qué hicieras tú si entonces,  
volviendo del desmayo,  
sirvieran de eslabones  
tus brazos de marfil  
al cuello de quien oyes?  
¿Y más, si satisfecha  
de las obligaciones  
con que amparó tu fama,  
supieras que aquel hombre,  
abeja de tus labios,  
atrevimientos nobles  
ejecutando en ellos  
gozó tales favores?

MARIADNES: Aunque con tal pregunta  
en confusión me pones,  
y a sospechosas dudas  
indicios das mayores,  
no sé si agradecida  
a que por él no llore  
mi honra restaurada  
agravios violadores,  
pagara resistencias



de Amor siempre invencible,  
verán metamorfosis.

Yo soy, hermosa infanta,  
quien triunfos y blasones,  
como a deidad suprema,  
hoy a tus plantas pone.

Pintada me rendiste  
y viva echas prisiones  
a un alma que allá tienes,  
feliz si la conoces.

Halléte casi muerta  
y sin testigos, donde  
pudieran apetitos  
vencer obligaciones;  
pero mi amor hidalgo  
alegre contentóse  
con que pagasen labios  
deseos acreedores.

Juez fuiste de ti misma  
en tribunal de flores,  
sentencias ejecuta  
y agradecida ponme  
en posesión de gustos,  
que, como trueque el nombre  
de amante en el de esposo,  
en láminas de bronce  
escribirá a los tiempos  
de Doris y de Orontes  
engaños verdaderos  
tu siempre esclavo Herodes.

MARIADNES: Basta: que en Palestina  
también nacen Sinones  
que ofrezcan entre enredos  
a Troya Paladiones.

No quiero revocarte  
sentencias que di a Doris,  
y pagará Mariadnes,  
no con ponderaciones  
culpar atrevimientos,  
agradecer favores,

loando resistencias,  
encareciendo acciones.  
Ya Febo ha permitido  
que sus caballos mojen  
sus crines en el mar  
y estrellas da a la noche.  
Ocupa, infante ilustre,  
de aquése los arzones,  
que yo, alegre en sus ancas,  
hoy mostraré a la corte  
que Amor es coyuntura;  
sus dichas, ocasiones;  
sus armas, cortesías;  
mudanzas, sus blasones.  
Perdonará Faseló,  
y cuando no perdone,  
¿qué importa, como sea  
esposo mío Herodes?

HERODES: Dame a besar cristales,  
mientras que se corone  
mi cuello de tus brazos.

MARIADNES: Celosa estoy de Doris,  
con ser dama fingida.

HERODES: ¿Por qué, si no es Orontes  
quien idolatra en ti?

MARIADNES: ¿Pues quién eres?

HERODES: Herodes.

*Vanse. Sale HIRCANO*

HIRCANO: No ha el sol de destrenzar cabellos  
rojos tras el aurora fría  
en el purpúreo Oriente  
sin ver salir dos mares de mis ojos  
que aneguen cada día  
memorias de tu pérdida inclemente;  
ni con pincel valiente  
podrá la primavera  
juntar alegres prados

que alivien mis cuidados,  
por más que esmalte flores lisonjeras,  
sin darles mis congojas  
más lágrimas que brota en abril hojas.

*Sale ANTIPATRO*

ANTIPATRO: No agostará los campos el estío  
con pálida guadaña  
cuando a abrasarlos llegue,  
sin que el prolijo y caudaloso río  
que mis mejillas baña,  
hijo querido, a estas canas riegue,  
ni porque rico llegue  
otoño generoso  
de frutos adornado,  
que sabio ha sazonado,  
y ofrece al hortelano codicioso,  
de mí tendrá otro fruto  
que lágrimas, mi Herodes, en tu luto.

*Sale ARISTÓBALO*

ARISTÓBALO: No de plata escarchada hará el diciembre  
al suelo bordaduras  
y alfombras al invierno,  
que impida, hermosa hermana, que no siembre  
entre lágrimas puras  
penas que den por fruto llanto tierno,  
mi desconsuelo eterno,  
Mariadnes querida,  
mientras que me faltares  
y viviere sin ti con media vida,  
convirtiendo mis gustos en pesares  
cada vez que se acuerde  
obsequias llorará del bien que pierde.

*Sale FASELO*



FASELO: Viudo antes que casado, quiso el cielo,  
mi Mariadnes bella,  
que tu pérdida llore,  
no merecía tu hermosura el suelo,  
sino que vuelta estrella  
tu belleza en su zona el sol decore,  
porque en ella te adore  
a esfera que te abraza;  
maldiga el hado fiero  
al inventor primero  
que a riesgo puso en la silvestre caza  
la vida, de quien pierde  
por un liviano gusto su edad verde.

*Sale SALOMÉ*

SALOMÉ: Si blasonas ser dios, ¿por qué maltratas,  
Amor, a quien sujeto  
te da el alma en tributo?  
Si te precia, de dar, ¿por qué dilatas  
el premio que el discreto  
es árbol que en dar luego dobla el fruto?  
Galas truecas en luto,  
y faltando mi hermano  
con la Infanta, haces vano  
con deseo que alienta mi esperanza;  
pero en el mar de amar siempre hay mudanza.

HIRCANO: Cubrid de jerga negra mi palacio,  
fúnebres instrumentos  
imiten mi tristeza,  
dad muerte a esos traidores tan despacio  
que duren sus tormentos  
lo que mi mal, que cuando acaba empieza;  
adornad mi cabeza  
en vez de la diadema  
y tiara suprema,  
que tal caída ha dado a mi grandeza,

de ceniza, y mi vida acabe en ella,  
pues faltan Herodes y Mariadnes bella.

*Salen MARIADNES y HERODES, éste se  
retira*

MARIADNES: Si las muestras de dolor  
con que se enluta tu corte  
son por mí, padre y señor,  
mi vista su mal reporte,  
mis brazos paguen tu amor.

HIRCANO: Hija mía, al pecho llega  
esa luz sin la cual muerto  
en desconsuelos se anega;  
que no alegra tanto el puerto  
al que sin velas navega;  
el perdón al sentenciado,  
el tesoro al avariento,  
los despojos al soldado,  
la fuente fresca al sediento  
y el tálamo al desposado,  
como tu alegre venida,  
cuanto menos esperada,  
tanto más agradecida,  
pues da a mi vejez cansada  
prolongación de su vida.

ARISTÓBALO: Quien por muerta os ha llorado,  
bella hermana, ¡qué consuelo  
sentirá cuando os ha hallado!

FASELO: Albricias pida a Fasele  
su amor ya desesperado  
y mis brazos galardón  
de su pasada tristeza.

SALOMÉ: Lloraba la dilación  
que daba vuestra belleza  
a mi amante corazón;  
mas ya que con vos se ve,  
en su esperanza primera  
mi gozo restauraré.

HIRCANO: Mirad, infanta, que espera  
vuestros brazos Salomé  
y el rey Antipatro, a quien  
debe tanto mi corona  
y es vuestro padre también,  
dándoos su hijo, pregona  
triumfos a Jerusalén.

Agradeced su venida.

MARIADNES: Con más extremo sintiera,  
señor, que el perder la vida  
el que la dicha perdiera  
siendo vuestra hija querida,  
quien interesa tener  
por mi dueño, prenda vuestra  
y el dejar de conocer,  
señora, en la corte vuestra  
lo que no sé encarecer,  
y en vos ha cifrado el cielo.

SALOMÉ: Respondan por mí los ojos  
a cuyas lenguas apelo.

FASELO: Para que destierre enojos,  
dad al príncipe Faseló  
las nuevas de su ventura;  
que si entre luto y dolor  
hacer obsequias procura  
a su mal logrado amor,  
fénix es vuestra hermosura  
que de sí misma renace.

HIRCANO: ¿Qué suceso, hija querida,  
con tantos extremos hace  
que el peligro de tu vida  
las de tantos amenace?  
¿Qué te sucedió cazando?

MARIADNES: Desgracias que venturosas  
temo y estoy deseando;  
pérdidas que gananciosas  
libre me están cautivando.

En fin, con una caída  
que tras una garza di  
hasta el sol desvanecida,

a un tiempo gané y perdí  
la libertad y la vida.

Opuestos contrarios son,  
padre, los que necesitan  
imprudencia y discreción.  
¿Hay razones que compitan  
con amor y obligación?

Si a los umbrales me vieras  
de la muerte desmayada,  
y a elección de hambrientas fieras,  
que era presa mal lograda  
de su crüeldad supieras,  
y un hombre entonces llegara  
que, cortés y piadoso,  
segunda vez animara  
el cuerpo, que temeroso  
la muerte copió en su cara,  
con cuya ayuda volviese  
al cuerpo el alma constante,  
y mi honra defendiese,  
¿tuvieras premio bastante  
que igual a esta deuda fuese?

HIRCANO: Si aprecia el alma el amor  
que te tengo, mi corona  
no igualara su valor.

MARIADNES: Y si acaso esta persona;  
entre la ausencia y rigor  
de los celos me adorara,  
y en aquella soledad  
con la ocasión consultara  
lances de la voluntad,  
que en estorbos no repara,  
y contra apremios de amor  
la voluntad lisonjera  
reconociera al valor,  
y sin mi ofensa saliera  
de sí mismo vencedor,  
al favor, padre, primero,  
¿qué pudieras añadir?

HIRCANO: Estatuas que el tiempo fiero

no bastara a consumir,  
por más que vuele ligero.

MARIADNES:     ¿Y si éste fuera pastor  
y se sintiera injuriado  
que en premio de su favor,  
habiéndome así obligado,  
otro usurpara su amor?

HIRCANO:       Ése descubriera el pecho  
que procuró honrar en vano,  
pues mostrara sin provecho  
que era en la ambición villano,  
si bien nacido en el hecho.

Y pues premios apetece  
fuera de su natural,  
nada darle me parece,  
que es bien a quien pide mal  
le quiten lo que merece.

MARIADNES:     Alegara, aunque villano,  
que le ofreció la ocasión  
tiempo, a no ser cortesano,  
en que a su satisfacción  
se pagara de su mano.

HIRCANO:       No importara su porfía,  
pues con tan loco interés  
le quitó en un mismo día,  
lo que mereció cortés,  
su misma descortesía.

Y tú, que por él alegas,  
si es verdadero el enima  
y por un rústico ruegas,  
¿cómo a un pastor sin estima  
las prendas del alma entregas?  
¿Quiéresle bien?

MARIADNES:               La ocasión  
en que guardó mi honra y vida,  
¿no es digna de obligación?

HIRCANO:     La que a su ser tosco mida  
la prudencia y la razón.

MARIADNES:     ¿Pagaréle con desdén  
su socorro liberal,

princesa en Jerusalén?

HIRCANO: Eso no.

MARIADNES: ¿Querréle mal?

HIRCANO: Tampoco.

MARIADNES: ¿Querréle bien?

HIRCANO: Eso sí.

MARIADNES: ¿Y el bien querer  
no es amar?

HIRCANO: Casi es amor.

MARIADNES: Luego casi he de tener  
voluntad a este pastor,  
que casi me vino a ver  
muerta, si no me ayudara.  
Pues un "casi" no es rigor  
que su fortuna haga avara;  
ni mira en puntos Amor,  
ni nunca en "casis" repara,  
honra y vida me dio nueva  
honra y vida le he de dar,  
pues cuando a pedir se atreva  
lo que no puedo negar,  
¿qué le doy que no le deba?

HIRCANO: De tu mucha discreción,  
hija, has ya degenerado  
con tan indigna afición.

MARIADNES: [Pues, no hay ningún mal criado]  
ni en el noble ejecución  
de socorro recibido  
que no pague liberal.  
Los réditos que han corrido  
igualan al principal,  
y a ejecutar me han venido.  
Mas dime, si el acreedor  
en nobleza me igualase,  
¿mereciera que el deudor  
con la deuda le negase  
la obligación de su honor?

HIRCANO: Entonces por justo empleo  
de su valor te entregara,  
si tan lícito deseo

la palabra no estorbara  
que he dado al rey idumeo.

MARIADNES:     ¿No estriba la que me has dado  
en que me case con su hijo?

HIRCANO:     En ésa me ha ejecutado.

MARIADNES:    Y si es padre del que elijo,  
¿no la habrás desempeñado?

HIRCANO:     No hay duda.

MARIADNES:             Pues dale al cielo  
gracias, padre, que no ha sido  
pastor de rústico suelo  
el que, noble y comedido,  
quitó a mi honor el recelo,  
como el peligro a mi vida,  
sino un príncipe que aquí  
pide paga agradecida  
de que, venciéndose a sí  
me restituya vencida.

Y Amor que estatuas le labra  
quiere, en fe de sus blasones,  
que templos la fama le abra,  
que pague yo obligaciones  
y tú cumplas tu palabra.

HERODES:     Fortuna, que siempre ha sido  
juego de Amor de importancia,  
de quien sale con ganancia  
a veces el más perdido,  
cuando más lo estaba yo,  
celoso y desesperado,  
volvió en mi favor el dado  
y en suerte su azar trocó,  
pues habiendo el caudal  
puesto de mi vida en esta mano,

*Dale la mano*

envidó su amor mi hermano  
y ganéle todo el resto.

Un destierro fue el tablero,  
y jugador de ventaja  
Amor, que el dado baraja  
con sospechas de fullero.

Si su pérdida llorare,  
seguro estoy de perder,  
porque no pienso querer  
aunque envide y se repare.

Cuando levantarme trato,  
dando barato a mi amor,  
en fe de que el jugador  
no juega en dando barato,  
ni será, padre, cordura  
impedir nuestro sosiego  
sabiendo que amor y juego  
consisten sólo en ventura.

Mariadnes es mi esposa,  
si alguno intenta, tirano,  
barajarme aquesta mano,  
y esta suerte quitarme osa,  
no me juzgare arrogancia  
castigar su desatino,  
como quien sale al camino  
a robarme la ganancia.

Porque estoy determinado  
contra cualquiera poder  
a morir y defender  
el caudal que hoy he ganado.

ANTIPATRO: Si es en tu favor el cielo  
y esa ganancia permite,  
no es bien que yo a Herodes quite  
lo que ha perdido Faselos.

Hijos míos sois los dos,  
en un mismo grado estáis,  
si en competencia jugáis  
y perdéis, príncipe, vos,  
o esotro, cosa es que pasa,  
y yo en mi provecho alego  
la ganancia de este juego,  
pues, en fin, se queda en casa.



La infanta escoja, que es cuerda,  
y juzque esto el rey Hircano.

HIRCANO: Si Herodes ganó por mano,  
Faselo por postre pierda;  
que en amor la diligencia  
gana de quien se levanta.  
Dadle la vuestra a la infanta;  
tenga quien pierde paciencia  
y salgamos a alegrar  
mi corte; que os llora muerta  
de llanto y luto cubierta.

MARIADNES: Sí, albricias tengo de dar  
de que el alma esposo os cobre,  
en fe que adeudada queda,  
dadme abrazos que dar pueda,  
que sin ellos estoy pobre.

*Van a abrazarse, alborótase FASELO y  
llégase a detener a HERODES*

HERODES: Hermano: ya llegáis tarde;  
de la infanta soy esposo,  
pierde amando el perezoso  
como en la guerra el cobarde.  
La ocasión y coyuntura  
mis bodas y dichas traza,  
que el amor, el juego y caza  
sólo consiste en ventura.

*Vanse HERODES y MARIADNES de las  
manos*

FASELO: ¿Qué es esto, padre crüel?  
Riguroso rey, ¿qué es esto?

ANTIPATRO: En la voluntad ha puesto  
su imperio Amor. Quejaos de él.  
Si contra vos ejecuta,  
hijo, su gusto la infanta,

porque en resolución tanta  
sobre gustos no hay disputa.

*Vase ANTIPATRO*

FASELO: Hircano, en el nombre fiero  
como en las obras, ¿ansí  
se cumplen palabras?

HIRCANO: Di,  
la que si cumplieros quiero  
halla mil dificultades,  
porque la infanta hace ley  
de su gusto y sólo es rey  
Amor de las voluntades.  
La de mi hija es absoluta,  
su gusto es fuerza seguir,  
que a intentarle resistir  
sobre gustos no hay disputa.

*Vase*

FASELO: Hermana, decidme vos  
si esto es sueño o es verdad.

SALOMÉ: Violencias en voluntad  
no las sufre Amor, que es dios;  
pues que su gusto ejecuta,  
desbaratarle es en vano,  
pues, como sabes, hermano,  
sobre gustos no hay disputa.

*Vase*

FASELO: ¿Sois vos, príncipe, también  
de esta tirana opinión?

ARISTÓBALO: Amor es obligación  
y su paga el querer bien.  
La ocasión, tercera astuta,

y el gusto, rey que soberbio  
dice, conforme al proverbio,  
"sobre gustos no hay disputa."

*Vase*

FASELO:        La ley que no las admite  
no es hija de la razón,  
pues la ciencia y la opinión  
más probable las admite.  
Cuando ciego Amor las quite  
y la acción que tengo tuerza  
su agravio, a vengarme es fuerza.  
¡Tiranas resoluciones!  
Que quien no admite razones  
da permisión a la fuerza.

      Leyes la justicia escribe  
que llama el mundo derechos,  
y contra tiranos pechos  
armas la fuerza apercibe.  
Cuando mi hermano derribe  
mi esperanza, y con desvelos  
me ofenda a mí y a los cielos,  
si mientras los ejecuta  
sobre gustos no hay disputa,  
tampoco hay templanza en celos.

      Marco Antonio en Asia rige  
la monarquía romana,  
y a la célebre gitana  
su idólatra amor dirige.  
Ser su emperador colige  
y oprimir la libertad  
de Roma, por tanta edad  
conservada en su senado,  
conmigo noble ha guardado  
las leyes de la amistad.

      Con César Augusto tiene  
guerras por la monarquía,  
que no admite compañía

quien a amar o a reinar viene.  
Su opinión mi fe mantiene  
contra su enemigo Augusto,  
y pues Herodes injusto  
a Marco Antonio se opone,  
hoy mi venganza dispone  
tragedias contra su gusto.

Referiré a Marco Antonio  
mi agravio con su delito  
sacando gente de Egipto,  
de su amistad testimonio;  
y afrentando el matrimonio  
que goza y tirano alcanza,  
verá con justa mudanza,  
pues ciego mi amor disfruta,  
que, si en gustos no hay disputa,  
hay en agravios mudanza.

### *Salen dos ROMANOS*

ROMANO 1: Marco Antonio, mi señor,  
que en prueba de tu amistad  
quiere en la necesidad  
hacerla de tu favor,  
antes que a la guerra parta  
que sobre el imperio apresta  
contra Augusto la respuesta  
aguarda de aquesta carta.

### *Dale una carta*

FASELO: A medida del deseo  
que tengo viene. (Esperanza, **Aparte**  
dad filos a mi venganza  
mientras su ejecución leo.)

### *Lee la carta*

"A embarcarme parto a la isla de Samos,

para reducir al trance de una batalla naval  
la pérdida o imperio del mundo contra  
Augusto, mi competidor. Llevo ochocientas  
naves y ciento y cincuenta mil hombres.  
Todos los reyes, mis amigos, muestran serlo  
en mi ayuda, y no espero yo menos de vuestra  
alteza, estando en el primer lugar.

Aventajarése a todos si, trayéndome preso  
a su hermano el infante Herodes, parcial de  
mi contrario, aseguramos un enemigo poderoso,  
y será dichoso pronóstico de mi vitoria si  
para premio de ella viene en su compañía la  
infanta de Jerusalén Mariadnes, cuya  
hermosura en relación me tiene sin libertad  
para uno y otro. Envio provisiones bastantes  
y aguardo la ejecución por ellas de entrambas  
cosas. Los dioses me den vitoria y a vuestra  
alteza guarden. De Bizancio a las calendas  
de junio, año de la fundación de Roma 754.  
Yo el emperador."

ROMANO 2:      Estas son las provisiones  
que Marco Antonio te envía.

FASELO:      Di que de la dicha mía  
son felices comisiones.

Si la amistad se antepone  
al deudo que hay más cercano,  
y me ha ofendido mi hermano,  
su deudo y sangre perdone.

¡Ay amorosos desvelos,  
lo que estas cartas preciara  
si sus letras no borrara  
la sospecha de mis celos!

A Mariadnes quiere ver  
en muestras de su hermosura  
Marco Antonio, y si procura  
juntar a amor su poder,

¿qué hará en viendo sus despojos  
quien de oídas la celebra,  
si amistad y leyes quiebra

amor que asiste en los ojos?  
Que se la lleve me pide,  
y aunque en la Egipcia idolatra,  
¿qué mucho deje a Cleopatra  
y obligaciones olvide

de nuestra amistad pasada,  
que aunque la gitana es bella,  
al fin para aborrecella  
basta ser mujer gozada?

Perdonará su amistad,  
que no llega su valor  
a las aras del Amor  
ni ley de la voluntad.

Porque mis sospechas claras,  
aunque su amistad admiten,  
sólo que llegue permiten  
el amigo hasta las aras.

El tentar a la Fortuna  
no es cordura en tal demanda,  
ni de dos cosas que manda  
será poco hacer la una.

Prender a mi hermano quiero,  
que es lo que le está mejor  
a mi venganza y amor,  
porque de su muerte espero  
resucitar mi esperanza,  
aumentar mi patrimonio  
y granjear de Marco Antonio  
la amistad y la privanza.

*Vanse FASELO y los ROMANOS. Salen PACHÓN, FENISA y  
un VERDUGO*

VERDUGO: Ya está el potro aparejado,  
paciencia, hermano, ¿qué espera?  
Acabemos. Ropa afuera.

PACHÓN: Quedaréme en verdugado  
cuando me quede con él,  
que es verdugo sin ser dama.

Fenisa, si el potro es cama  
de nuestra boda crüel,

a gentil boda, por Dios,  
nos convida el casamiento.

¿No bastaba por tormento  
el casarnos a los dos?

Supuesto que hay suegra  
en casa ¿hay potro que más afrija  
que una suegra que, prolija  
rezongando al que se casa,  
gruñe más que una lechona?

FENISA: ¿En fin, que también a mí  
me empotran?

VERDUGO: Hermana, sí.

FENISA: El que a nadie no perdona  
es un potro, ¡ay mi Pachón!

PACHÓN: Aunque el ánima me arrancas,  
tú irás, Fenisa, a las ancas,  
y yo me tendré al arzón.

FENISA: ¡Oh huego de Dios en potro  
que sin albarda ni cincha  
ni camina ni relincha!

PACHÓN: Ese potro, dómele otro,  
pues, no comiendo cebada,  
sin menearse de un puesto  
al rollo llega tan presto  
que es su ordinaria jornada.

VERDUGO: Acaben.

FENISA: No se dé prisa.

VERDUGO: ¿No se desnudan?

FENISA: ¡Ay cielo!

PACHÓN: Potro de palo y en pelo  
a caballo y en camisa,  
corcovos sin caminar,  
medroso en él, el más diestro  
al de encima con cabestro  
y al de abajo sin herrar.

Atados el uno al otro,  
descoyuntando medulas,  
verdugo el mozo de mulas,

¡válgate el diablo por potro!

FENISA:           ¿Y qué tormento, si sabe,  
                  mos tienen de dar?

VERDUGO:                       De toca.

FENISA:           ¿Qué es de toca?

VERDUGO:                       Abrir la boca,  
                  y toda el agua que cabe  
                  en un cántaro tragar  
                  con veinte varas de lino.

PACHÓN:           ¿No huera mejor de vino?  
                  ¿Agua es la que os han de echar?

VERDUGO:           Agua que aun no sufren peñas.

PACHÓN:           ¿Con tocas un hombre honrado?  
                  ¿Han mis tripas enviudado,  
                  o son por ventura dueñas?

VERDUGO:           Así sacarse procura  
                  la pura verdad.

PACHÓN:                       Pues ¿cómo,  
                  si un cántaro de agua tomo,  
                  sacarán la verdad pura?

VERDUGO:           Todo esto se excusará  
                  si confesáis este robo  
                  y estas muertes.

PACHÓN:                       No es mal bobo  
                  su mercé. Pues venga acá.  
                  Si Fenisa algo supiera,  
                  ¿luego no lo desbuchara?  
                  ¿No sabe que no la para  
                  secreto que no eche fuera?  
                  ¿Para qué eran menester  
                  potro, cordel ni testigos?  
                  ¿No hay mayores enemigos  
                  que el secreto y la mujer?  
                  ¿No ve que en las más calladas,  
                  cuando se ven en aprieto,  
                  es mal de madre el secreto  
                  que las hace dar arcadas?  
                  Ahora acabe de saber  
                  que meten por no guardarle  
                  los dedos para sacarle.



Mas ¿qué es esto?  
VERDUGO: Deben ser  
los jueces.  
PACHÓN: Fenisa, el miedo  
dentro el alma me da voces.  
FENISA: ¡Huego en potro que da coces  
que matan y se está quedo!

*Salen FASELO, HERBEL y otros*

FASELO: Mi padre y el rey Hircano  
tengan, Herbel, por prisión  
el alcázar de Sión;  
y del presidio romano  
quinientos hombres los guarden,  
porque de esta suerte trato  
que no estorben el mandato  
de Marco Antonio, ni aguarden  
que ruegos ni persuasiones,  
al tirano de mi amor  
han de poder dar favor  
ni aliviarle las prisiones.  
Esté también detenida  
la infanta en su mismo cuarto,  
mientras a Grecia no parto  
a quitarle con la vida  
de su esposo la esperanza  
de gozar su libertad,  
mientras que mi voluntad  
lo que le usurpó no alcanza.  
Guardas la poned también.  
HERBEL: Así, gran señor, se hará.  
FASELO: Y por sus bodas verá  
tragedias Jerusalén.  
Salgan libres esos dos,  
pues inocentes están.  
PACHÓN: Mas, ¿no nada?  
VERDUGO: ¿No se van?  
PACHÓN: ¿Dónde?

VERDUGO: Libres.

PACHÓN: Mas, ¿por Dios?

FENISA: ¿Sin tormentos ni quillotros?

HERBEL: Ya los Infantes perdidos  
parecieron.

PACHÓN: ¿Sin rüidos  
de tocas, aguas y potros?

HERBEL: Acabad.

PACHÓN: Adiós, rabel,  
por quien paga la garganta  
en el aire lo que canta  
bamboleos a un cordel.

Cama mal encordelada,  
que en vez de chinches y pulgas  
verdades buscas y espulgas.  
Arpa siempre destemplada,  
donde con voces prolijas  
en vez del Orfeo sutil  
te tañe un verdugo vil  
y son piernas las clavijas,  
y brazos del desdichado  
a quien tus cuerdas dan vueltas  
do las culpas van absueltas  
cuando no se han confesado.

Que si a nueso rey profeta  
las tuyas Dios perdonó,  
cuando aquél pecó, cantó  
al arpa con voz perfeta.

Al que en ti cantó sus penas,  
porque otra arpa en ti se ve,  
apenas dice "pequé"  
cuando a muerte le condenas.

Potro que, sin coyunturas,  
te quedas sano y entero,  
y el que llevas caballero  
sale con las mataduras.

Corra tus carreras otro  
que, pues de ti me libré,  
más vale salir a pie  
que a la jineta en tal potro.

*Vanse PACHÓN y FENISA. Sale EFRAÍM*

EFRAÍM: A tu hermano, gran señor,  
traen a tu presencia preso.

FASELO: Que temo verle os confieso,  
que, aunque a mi sangre es traidor,  
es mi hermano, y mis enojos  
su presencia ablandará,  
que es mi sangre, y se entrará  
al corazón por los ojos.

Pluguiera a Dios que no fuera  
tan a costa de mi vida  
la injuria de él recibida,  
que si yo vivir pudiera  
sin la prenda que me ha hurtado,  
viera en mí la diferencia  
que le hace la clemencia  
de que noble me hepreciado.

Sin la infanta será en vano  
adorándola vivir,  
y si el uno ha de morir,  
viva yo y muera mi hermano,  
vengándose mis enojos  
sin verle, que en tal demanda  
Amor, como es niño, ablanda  
niñas que están en los ojos.

Llevadle preso conmigo,  
que, si a la infanta renuncia,  
la muerte que ya pronuncia  
Marco Antonio, su enemigo,  
contra él, vuelta en amistad,  
celebraré en su favor  
los quilates de mi amor  
y la ley de mi piedad.

*Vanse todos. Salen HERODES, preso, y JOSEFO*

HERODES:       ¿Por qué sin verme te vas,  
tirano? ¿Por qué razón  
temes mostrarme la cara,  
si es de infames el temor?  
Las espaldas me volviste;  
mas, haces bien, que al fin hoy  
echas, vendiendo tu sangre,  
a las espaldas tu honor.  
Vuélpelas y podrás verme  
por ellas, que ya sé yo,  
villano, que las espaldas  
son la cara del traidor.  
Medrando vas en oficios.  
Ayer príncipe te vió  
Idumea; hoy, mercader;  
creciendo va tu opinión.  
A feria de afrentas vas,  
caudal llevas de valor,  
abre tiendas a tu infamia,  
venda en ellas tu traición  
tu misma sangre, que de ella  
sacarás caudal mayor,  
que fraticida primero  
materia de tu lición.  
Si te sentiste agraviado  
de que me pusiese Amor,  
siendo juez la voluntad,  
en la hermosa posesión  
de la infanta, armas  
tenías, desafíos aplacó  
la venganza y el agravio  
donde pudieras mejor  
vengar injurias del alma,  
que no vil pesquisidor,  
cifrar armas en procesos,  
civil juez de comisión.  
Agraviarte de que goce  
despojos que la ocasión,  
el tiempo, la soledad  
y hasta un desmayo ofreció

al deseo, que cortés  
de sí mismo vencedor,  
obligando comedido  
generoso conquistó.  
¿Y no te agravias  
de ser afrentoso ejecutor  
de quien, torpe, solicitas  
menosprecios de tu amor?  
¿No te pide Marco Antonio  
la infanta? ¿No te escribió  
que, preso de su belleza,  
intenta ser su opresor?  
Pues, dime, amante tercero:  
¿parécete que es mejor,  
en ofensa de tu dama,  
ser mercader de su honor  
que, gozándola tu hermano,  
obligarnos a los dos,  
cortesano liberal,  
a darte inmortal blasón?  
¿Tú eres príncipe? ¿Tú hermano?  
¿Tú amante? ¿Tú?

JOSEFO:                      Gran señor:  
¿de qué sirven esas quejas?

HERODES:      De aliviar el corazón.  
¡Ay, Josefo! ¿Cómo puedo,  
cuando sé que a morir voy,  
dejar en Jerusalén  
el alma en tal confusión?  
¿Podré yo tener descanso,  
cuando en un infierno estoy  
de celos, si mi enemigo  
de mi infanta es sucesor?  
Hoy a mi esposa he alcanzado,  
pues ¿será justo que hoy  
llame dueño con mi muerte  
a mi ingrato matador?  
Ya a Faselos llame esposo,  
ya al crüel emperador,  
siendo un preso de su gusto

de afrentosa posesión,  
¿qué gloria en el otro mundo  
tendrá el alma que la amó,  
si despojos que ha ganado  
premio de otro dueño son?  
¿Quieres tú darme remedio?

JOSEFO: Pluguiera, príncipe, a Dios,  
que hallaran en mí tus penas  
segura satisfacción.

HERODES: Sí la hallarán, si eres fiel.

JOSEFO: Siempre te tuve afición.

HERODES: En Jerusalén te deja  
por sabio Gobernador  
mi tirano fratricida;  
a los muertos es razón  
satisfacer los amigos  
dando muestras de su amor;  
no túmulos de Artemisa,  
no aromas que exhala el sol,  
no pirámides de Menfis  
han de hacer ostentación  
de la lealtad que me debes,  
sino una resolución,  
quilate de tu amistad,  
descanso de mi pasión.

JOSEFO: Cuanto más difícil fuere  
dándome fama mayor,  
ilustrará más mi nombre  
y honrará mi sucesión.  
La vida y el ser te debo;  
hechura, príncipe, soy  
de tus manos; deshacerme  
puedes, seguro dispón  
de mí y de ella a tu servicio.

HERODES: Júrame, pues, si no son  
lisonjeras tus promesas,  
de ser fiel ejecutor  
de lo que aquí te mandare.

JOSEFO: Niégume su amparo Dios,  
su sepultura la tierra

y el mundo su habitación  
cuando no lo ejecutare,  
y con nombre de traidor,  
como quien su patria vende,  
me aborrezca mi nación.

HERODES: Mira lo que me has jurado.

JOSEFO: Lo que me mandas propón.

HERODES: Ley fuerte es la voluntad  
última del testador.  
Supuesto que has de cumplirla,  
y que yo a la muerte estoy,  
lo que de jurarme acabas  
es--¡ay terrible rigor!--  
que al punto mismo que sepas  
que la muerte ejecutó  
en mí el natural poder  
que no permite excepción,  
se la des a Mariadnes.

JOSEFO: ¿Qué dices?

HERODES: Será menor  
mi pena mortal sabiendo  
que en su compañía voy.  
Quitaréle a mi homicida,  
con su muerte, la ocasión  
del oprobio de mi fama  
y desprecios de mi amor.

JOSEFO: Mira...

HERODES: Esto me has prometido;  
cualquiera ponderación  
disminuirá tu lealtad  
y el crédito que te doy.

JOSEFO: Cumpliré mi juramento  
aunque si supiera yo  
que a tal crueldad se obligara...

*Sale EFRAÍM*

EFRAÍM: Ya se parte, gran señor,  
tu hermano.

HERODES:                    Y yo consolado  
parto a morir. Tu valor  
muestra en esto.

JOSEFO:                    Harélo así.  
¿Hay tal determinación?

**FIN DEL ACTO SEGUNDO**



## ACTO TERCERO

*Salen HERODES preso, HERBEL, ZAFIRO y JAREL*

HERODES: En fin, Faseso me condena a muerte.

HERBEL: Murió Hircano, blasón del Macabeo,  
y Marco Antonio, que en Faseso advierte  
la amistad y valor, aunque idumeo,  
antes que pruebe la dudosa suerte  
que contra Augusto le dará el trofeo,  
o el imperio del mundo o fin tirano,  
rey de Jerusalén nombró a tu hermano;  
    mandóle que en venganza de que sigas  
de Augusto la opinión, con tu cabeza  
mengüe parcialidades enemigas  
asegurando en Asia su grandeza;  
mas él, tu sangre, en fin, si es que te obligas  
a repudiar la infanta y su belleza  
permities, que autorice su corona  
y a Marco Antonio sigues, te perdona;  
    de manera, que está tu muerte o vida  
en tu mano.

HERODES: Mi muerte bien dijeras  
si repararas por cuán bien perdida  
la dan leyes de amigo verdaderas.  
La amistad a la vida es preferida;  
la honra da al valor nobles banderas,  
contra la infamia del vivir sin ella  
el amor, vida y reinos atropella.  
    Amigo soy de Augusto, que inmutable  
en el peligro mi firmeza pruebo;  
la honra es mi blasón incontrastable  
y eternamente conservarla debo;  
mi esposa es Mariadnes, que agradable  
como carácter dentro el alma llevo;  
¿qué importa, pues, la muerte que aperciben,

si mi amistad, mi honra y amor viven?  
¿Permitiré por una vida infame  
--del mundo oprobio, injuria de los cielos--  
que a mi consorte bella esposa llame  
otro que yo? La sombra de los celos  
me abrasa sola; pues cuando derrame  
de golpe su ponzoña y en desvelos  
se reduzca la afrenta que me asombra,  
¿qué hará si me atormenta sólo en sombra?

¿Faselo, usurpador, esposa mía,  
viviendo yo, de tus hermosos brazos?  
Ni muerto; pues el cielo no sería  
descanso para mí de eternos lazos,  
si desde allá te viese en compañía  
de otro que yo, le arrojaría pedazos,  
por ser azules, de los mismos cielos,  
para vengar así celos con celos.

Díle que bañe, infame fratricida,  
en sangre de su mano, acero y ojos;  
será la infanta oprobio de su vida,  
de Marco Antonio ilícitos despojos,  
que yo más noble que él mientras que pida  
el mundo al sol su luz de rayos rojos,  
esoso he de llamarme a su disgusto  
de la infanta, y amigo fiel de Augusto.

### *Sale FASELO*

FASELO:       Pues morirás, para mayor afrenta  
bárbaro, a vista de tu amada infanta,  
dentro en Jerusalén, porque mi afrenta  
su sed mitigar pueda en tu garganta.  
Llevalle allá, pues que morir intenta,  
y en la plaza del templo antigua y santa,  
un cadahalso haced que cubra el luto  
de sus amores merecido fruto.

HERODES:       No le tendrá, tirano, tu esperanza,  
que Mariadnes, que gozar pretendes,  
en mi satisfacción y su venganza,

conmigo ha de ir, aunque su honra vendas;  
juntos al reino libre de mudanza  
partiremos, crüel; y pues ofendes  
su inocencia, mi amor y al cielo justo...

FASELO:     ¿Qué es esto?

*Dentro*

VOCES:             ¡Emperador de Roma, Augusto!

*Música dentro y voces. Sale AUGUSTO  
César como emperador a lo antiguo, laurel en la cabeza,  
bastón y acompañamiento*

AUGUSTO:        Gracias al cielo que ya  
no tendré competidor  
que contradiga el favor  
que la Fortuna me da.  
    Marco Antonio huyó vencido;  
    ampárele la gitana  
    tan bella como liviana,  
    y recójale en el nido  
    de Menfis, que si procura  
    defenderle, y allí están  
    sus pirámides, podrán  
    servirles de sepultura,  
    si los pasos no les toma  
    mi valor y la presteza  
    con que la egipcia belleza  
    triumfos me previene en Roma.  
    Marchad a Egipto, soldados,  
    muera Marco Antonio en él,  
    Cleopatra dé a mi laurel  
    triumfos de fama doblados.  
    Mas ¿qué miro? ¿Éste no es  
    Herodes, mi fiel amigo?  
    Pues ¿qué delito y castigo  
    cadenas ciñe a sus pies?

¿Faselo no es éste? ¡Cielo!  
Pues ¿cómo será razón  
que Herodes esté en prisión  
y coronado Faselo?

¡Bárbaro! ¿A tu hermano prendes?

FASELO: Vueltas son de la Fortuna,  
mudable como la luna.  
No me espanto si te ofendes  
de que de Jerusalén  
la corona me autorice.  
Las partes contra ti hice  
de Marco Antonio, prevén  
rigores que a mi lealtad  
den la pena, que te ofrece  
tu dicha, si la merece  
una segura amistad.

Que el valor da testimonio  
con que sus leyes guardé;  
que yo honrado moriré  
amigo de Marco Antonio;  
porque no ha querido sello  
mi hermano, está como ves  
con cadenas a los pies  
y con el cuchillo al cuello.

Su prisión será testigo  
de lo que por leal gano,  
pues tengo en menos mi hermano  
que la opinión de mi amigo.

Si no te parece mal,  
venga en mí tu pecho airado,  
moriré por desdichado,  
pero no por desleal.

HERODES: Y yo, invictísimo Augusto,  
gozoso que al mundo des  
leyes, humilde a tus pies  
en albricias de este gusto  
la vida doy, que ofrecía  
al templo de tu amistad,  
y en fe de aquesta verdad,  
si una nueva cada día

me diera el cielo, y pudiera  
comprarte de la Fortuna  
un mundo con cada una,  
tantos mundos adquiriera  
a tus hazañas cumplidas,  
que con blasones profundos,  
por darte infinitos mundos,  
perdiera infinitas vidas.

AUGUSTO: La tuya estimo yo en tanto,  
que el que acabo de adquirir  
diera yo por redimir  
amigo que vale tanto.

Mas, pues los dioses de suerte  
favorecen mi vitoria  
que no han querido su gloria  
disminüír con tu muerte,

y a tal tiempo te socorren  
con mi venida oportuna,  
pues una misma fortuna  
los buenos amigos corren,

la adversa llore FASELO  
que a Marco Antonio postró,  
mientras la próspera yo  
gozo y agradezco al cielo,

haciéndote a ti también  
partícipe del provecho  
como del peligro he hecho.

Llámete Jerusalén

su rey. Tributaria  
acuda a obedecer tu persona.

Mude sienes la corona,  
pues el cielo reyes muda.

*Quítale a FASELO la corona de laurel y  
pónesela a HERODES*

Y la que en las de éste ves,  
con que tu amor satisfago  
goza; pero dale en pago

las que atormentan tus pies;  
que cuando Fortuna empieza  
a habitar a quien ultraja,  
la corona en hierro abaja  
a los pies de la cabeza.

En poder suyo te hallé,  
en poder tuyo le dejo;  
haz de él según tu consejo.  
Dale muerte o suéltale.

Y quédate, rey, con Dios;  
que yo al Egipto encamino  
mi gente, que no imagino,  
mientras vivieren los dos,  
Antonio y Cleopatra bella,  
que estará mi imperio firme.  
Su monarca ha de aplaudirme  
Roma triunfante con ella.

Nuevas armas aperciben  
y así prenderlos procuro,  
que no hay monarca seguro  
mientras sus contrarios viven.

*Vase AUGUSTO César*

HERODES: César generoso, espera.  
Iré, si gustas, contigo  
liberal y cuerdo amigo.  
No solamente la esfera  
del mundo que has conquistado  
es digno de tu valor;  
la del sol fuera mejor  
que confirmara tu estado.  
En sus orbes celestiales  
merece triunfar tu fama,  
la zona que honra su llama  
con sus signos inmortales.  
Te ofrezca entre luces bellas  
su Vía láctea, que autorices  
por alfombras y tapices,

cielos goza y pisa estrellas.

Y pues eres maravilla  
del valor más inmortal,  
quítale al sol su sitio  
si no te asienta en su silla.

Y tú, cuya confianza,  
frágil hiedra de Jonás,  
cuando iba creciendo más  
y alentara su esperanza,  
en llanto tu ambición trueca,  
porque el humano favor  
es una hierba que en flor  
luego que nace se seca.

En un día juez y reo,  
libre y preso, esclavo y rey,  
de la Fortuna sin ley  
oprobio y juego te veo.

Escarmienta en la grandeza  
que hoy en ti abatida ves,  
pues son hierros de tus pies  
el oro de mi cabeza.

Que no importa que bizarro,  
cuando a ser monarca vengas,  
la cabeza de oro tengas  
si al fin son los pies de barro.

En este castillo preso  
te servirán de lección  
los consejos de Solón  
y el desengaño de Cresos;  
que, para poder vengar  
mi injuria y tu tiranía,  
por matarte cada día  
nunca te pienso matar.

Llevadle.

FASELO:                    Díome el poder  
la mano subiendo yo;  
si la escala se quebró  
¿qué mucho venga a caer?  
Haga la suerte inclemente  
prueba en mí, que hasta morir,

a lo menos en sufrir  
seré más que tú prudente;  
que no irritaré tu furia  
hablando en tu menosprecio,  
porque sé que el preso es necio  
que al juez con la lengua injuria.

*Llévanle. Sale EFRAÍM con una  
carta*

EFRAÍM:       Aquésta trujo un correo  
para Faselo tu hermano,  
y siendo el fin inhumano  
que tuvo su reino hebreo,  
huyó de ti, que ignorante  
no le aseguró el temor  
las leyes de embajador.  
Mira si es algo importante.

*Toma la carta y lee*

HERODES:       "Si acaso a tu hermano has muerto  
por casarte con su esposa,  
por ser la honra peligrosa,  
lo que hay en ello te advierto.  
En mujer ausente es cierto  
ser mudable la mejor.  
Josefo, el gobernador  
que diste a Jerusalén,  
a la infanta guarda bien,  
mas no con ella tu honor."  
¡Cielos! ¡Oh celos! ¿Creeré  
lo que este papel afirma?  
No; porque carta sin firma  
si no miente no hace fe.  
Pues ¿cómo satisfaceré  
sospechas que hace al temor?



*Lee*

"Josefo, el gobernador,  
que diste a Jerusalén,  
a la infanta guarda bien  
mas no con ella tu honor."

Agora, alma, ¿os acobarda  
un papel sin más consejo?  
¡Josefo, cielos, Josefo!  
¿La infanta y no mi honor guarda?  
Vuestra venganza, ¿qué aguarda,  
deshonra, pues os han muerto?

*Lee*

"En mujer ausente es cierto  
que es mudable la mejor."  
¡Ah, peligros del honor  
que os anegáis junto al puerto!

¿De qué, corona, servís,  
si ya con afrenta tanta  
sois cordel de mi garganta  
que a darme muerte venís?  
Pisaréos, pues sufrís  
agravios de una mujer  
sin que os ose más traer  
mi cabeza deshonrada,  
porque afrenta coronada  
echaráse más de ver.

¡Válgame Dios! ¡Que se guarde  
con tanta industria la vida  
de acero y hierro vestida  
tras la muralla cobarde!  
¡Que no osando hacer alarde  
del oro naturaleza  
guarde tanto su riqueza,  
que le sirven las montañas  
de cofres, cuyas entrañas

aseguran su aspereza!  
¡Con naves de nácar cierra  
las perlas que esconde el mar,  
y aun no las puede guardar  
del avaro y de su guerra!  
¡Con armas la fértil tierra  
a sus plantas satisfizo,  
archeros de espinas hizo  
contra el interés sutil,  
y hasta la fruta más vil  
vistió el arnés de un erizo!  
¡Y que la honra que es suma  
de todo el valor y ser,  
la fíe de una mujer  
que es viento, sombra y espuma!  
¿Del humo vil, de la pluma,  
confianza se ha de hacer?  
¿Cómo ha de poder tener  
cargas del honor molestas  
una mujer flaca a costas,  
sin que le deje caer?  
¡Ah, vil papel, en quien pinta  
la deshonra mis desvelos!  
¡Si son veneno los celos,  
veneno es también tu tinta!  
La muerte, en suma, sucinta  
me has dado, pero castigos.  
¡Ay, renglones enemigos!  
En mis manos mas deshonra  
es, rasgándoos, contra mi honra  
multiplicar los testigos.

*Rasga el papel y vuelve a coger los fragmentos*

Vuelva a cogeros mi afrenta,  
que seré, si roto os dejo,  
como quien rompe el espejo  
y en pedazos le acrecienta.  
En vano mi agravio intenta

vengarse en vos; pero rabio,  
y aunque no es mi furor sabio,  
soy toro, a quien se le escapa  
el dueño y hace en la capa  
demostración de su agravio.

Honra, flor sois que se agosta  
con vientos de una sospecha.  
Celos os da la cosecha  
del amor a vuestra costa.  
¡Hola! Ensiladme una posta.  
A Jerusalén, engaños,  
que son los instantes años.  
¡Averigüemos, desvelos,  
si son infiernos los celos,  
lo que serán desengaños!

*Vanse. Salen SALOMÉ y ARISTÓBALO*

ARISTÓBALO: Bella esposa, ten sosiego.

SALOMÉ: Menosprecios de la infanta  
a mi enojo añaden fuego;  
no ha de ser su altivez tanta  
como la que a ver hoy llego  
en su ánimo levantado.  
Bastara el ser yo tu esposa,  
cuando no fuera mi estado  
de estirpe tan generosa  
como la que ella ha heredado.

ARISTÓBALO: ¿En qué tu valor afrenta,  
Salomé hermosa, la infanta?

SALOMÉ: En mejor lugar se asienta;  
ni cuando entro se levanta,  
ni cortesana hace cuenta  
de mí. Fui a verla a su casa  
que la sirve de prisión,  
hallándola tan escasa  
que su loca presunción  
aun las altezas me tasa.  
Una vez sola me dio

este título en un hora  
que conmigo conversó,  
porque soberbia y señora  
tantos rodeos buscó  
y términos desiguales  
para mostrar la grandeza  
de sus humos más que reales  
que por ahorrar de otra alteza  
me habló por impersonales.

Yo colérica, "Ya sobras,"  
le dije, "de descortés.  
Y ambiciosa fama cobras;  
que quien en palabras es  
avara, ¿qué hará en las obras?

No hayas miedo que destruyas  
bien criada tus grandezas,  
pues cuanto más serlo arguyas  
y me dieres más altezas,  
aumentarán más las tuyas.

Infanta como tú soy,  
con tu hermano desposada,  
no en menor estado estoy  
ni tú tan entronizada  
que así me desprecies hoy.

¿Qué imperio romano alcanza  
tu ambición, que crece al doble,  
y te obliga a tal mudanza,  
no campea en el más noble  
mucho más la buena crianza?"

Respondióme, "Sí, campea,  
mas no con su desigual,  
y aunque real tu sangre sea  
no iguala a mi estado real,  
que eres, en fin, idumea.

Yo, que de Abraham desciendo  
y de David he tenido  
la corona, que pretendo  
por mil años he traído  
la sangre real que estás viendo,  
y si a tu padre hizo el cielo

rey, dispensando en las leyes  
que hace el poder en el suelo,  
¿qué sé yo, si guardó bueyes  
en Palestina tu abuelo?"

Levantóse airada y loca  
yendo a responderle yo  
por lo que a su honra toca,  
y descortés me dejó  
con la palabra en la boca.

Mas no importa que si alcanza  
la carta que hoy a Faseló  
le despachó mi venganza,  
satisfacerme recelo  
quitando a la esperanza  
que siendo su esposa tiene  
del solo y real posesión  
que Judea le previene,  
y su loca presunción  
verá en lo que a parar viene.

ARISTÓBALO: Anda, no mires, mi bien,  
en aquesas liviandades.  
Antes, si me quieres bien,  
a renovar amistades  
conmigo a su cuarto ven.

SALOMÉ: ¿Qué dices? ¿Yo, tal bajeza?

ARISTÓBALO: Oye, que ella sale acá.

SALOMÉ: Excusemos su grandeza,  
que el palacio rodeará  
por no intitularme alteza.

*Vanse. Salen MARIADNES y JOSEFO*

JOSEFO: Tanto te adora como esto.

MARIADNES: Muerte mandó que me dieses  
cuando la suya supieses.

JOSEFO: No le es el morir molesto  
tanto como el ver que quedas  
A la tirana elección  
de Faseló, en ocasión  
que persuadida de él puedas,  
olvidando la venganza

de su muerte, ser su esposa;  
que en las mujeres es cosa  
ordinaria la mudanza  
y más en muerte o en ausencia.

MARIADNES: Mal de mí se satisface  
quien tan poco caudal hace  
de mi amor.

JOSEFO: ¿Con qué paciencia  
morirá quien te dio el alma,  
si para mayor castigo  
te casas con su enemigo?

MARIADNES: Nunca dio fruto la palma  
si su consorte la quitan.  
Aunque otro planten por él  
palma soy de Herodes fiel.  
Cuando matarle permitan  
sus enemigos, ¿qué importa  
si no tengo de dar fruto,  
menos que en llanto y en luto,  
a quien mi palma me corta?  
De mi esposo no me quejo,  
puesto que de mi opinión  
no tiene satisfacción,  
antes estimo, Josefo,  
que me mande dar la muerte,  
y cuando él no la mandara  
yo mismo la ejecutara,  
que no es mi amor menos fuerte  
que el de Porcia para hacer  
lo que sus hechos declaran,  
pues cuando dagas faltaran  
brasas supiera comer.

JOSEFO: A tu esposo guarde el cielo,  
que es lo que importa, señora;  
porque, aunque tanto te adora,  
no es tan bárbaro Faselos  
que en su sangre misma bañe  
sus manos.

MARIADNES: Hacen los celos  
mil crueldades.

JOSEFO:                    Tus recelos  
la cuerda prudencia engañe.  
Faselo no es riguroso  
ni de manera terrible  
que el natural apacible  
de su valor generoso  
trueque en hazaña tan fiera.  
Ya ves cuán opuestos son  
los dos en la condición,  
y que quien los considera  
tiene por menos tratable  
a tu Herodes que a Faselo.

MARIADNES:    Su muerte es la que recelo;  
mas, haga el hado inmutable  
lo que quisiere, que yo,  
viva o muera, determino  
seguir el mismo camino  
que el cielo a mi esposo dio.

JOSEFO:            Divierte esos pensamientos,  
no siempre en eso imagines.

MARIADNES:    Cuando a eso me determines,  
¿cómo si mis pensamientos,  
ya duerma, ya esté despierta,  
siguiendo a mi esposo van,  
entretenerse podrán,  
ni qué habrá que los divierta?

JOSEFO:            Con ellos mismos podrás  
consolarte y divertirte.  
No llegues a persuadirte  
que es muerto tu esposo; mas  
imagínate que viene  
por rey de Jerusalén,  
y por que se haga más bien,  
si es que aquesto te entretiene,  
finjamos que Herodes soy,  
que habiendo vencido Augusto  
a Marco Antonio con gusto  
de su vitoria vengo hoy  
a transformar tu tristeza  
en abrazos y alegría,

que ya suceder podría  
salir mi ficción certeza.

MARIADNES: ¡Ay, que no soy yo, Josefo,  
tan dichosa!

JOSEFO: Deja ahora  
de agorar tu bien, señora,  
y haz esto que te aconsejo.  
Veamos con qué blasones  
sabes darle el parabién  
cuando entre en Jerusalén.

MARIADNES: No sé lo que en tus razones  
hallo que me pronostican  
algún dichoso suceso;  
que me consuelas confieso.

JOSEFO: ¡Así remedios se aplican  
a la tristeza!

MARIADNES: Ahora bien,  
aunque por ser tan pequeños  
como tesoro entre sueños  
después más pena me den,  
por buen presagio he tenido  
tu propuesto pasatiempo;  
ocupemos así el tiempo,  
que en mi esposo no es perdido.

JOSEFO: Salgo, pues, esposa mía.

MARIADNES: ¡Ay, príncipe de mis ojos!  
No con sus reflejos rojos  
alegra el sol tanto el día  
como tu amada presencia,  
en tanto más estimada  
cuanto menos esperada,  
como de la crüel sentencia  
del bárbaro fraticida.

¿Libre, caro esposo, vienes?

JOSEFO: Porque si tú mi alma tienes,  
mal puede ofender mi vida  
quien quitármela pretende,  
siendo tú mi esposa bella  
el fiel depósito de ella.

MARIADNES: Bueno es, que mi mal suspende,



Josefo, el entretenido  
engaño que has inventado.  
¡Ay Dios si en ti transformado  
mi esposo hubiese venido!  
JOSEFO: Podrá ser que profetice  
su libertad mi invención.

*Sale HERODES acechando*

HERODES: (Averiguad, confusión, **Aparte**  
si lo que la carta dice  
es verdad, por vuestros ojos,  
y satisfaced de espacio.  
Por la huerta de palacio  
me han traído mis enojos  
a este cuarto, donde espero  
apurar mi pena crüel,  
aunque si me ofende en él  
no es cuarto, sino tercero.  
Mas--¡ay, cielos!--no me quejo  
sin causa, ni mentís vos,  
papel; aquí están los dos  
solos, la infanta y Josefo.  
Mirad, honra, desde aquí  
sustanciar la información  
que, puesta en ejecución,  
ha de salir contra mí.)  
MARIADNES: Pasa, Josefo, adelante;  
asegundemos favores,  
presagios de mis amores;  
que haces muy bien un amante.  
HERODES: (¿Qué es esto, cuerdo temor? **Aparte**  
Si favores asegundan,  
en los primeros se fundan  
mis injurias, ¡ay, honor!  
Vuestra muerte llorar quiero;  
papel, en creeros me fundo,  
si este agravio es el segundo,  
¿luego vistes el primero?

¿Luego ya me han ofendido?  
¿Luego habláis por evidencias?  
Luego ¡ay, ciegas consecuencias,  
mi muerte habéis conseguido!

"¡Que haces muy bien un amante,"  
dijo! Y un traidor también,  
diré yo, y diré más bien.  
¿Hay desdicha semejante?)

JOSEFO: Digo, pues, esposa mía,  
que ya bien puedo gozar  
tal nombre, sin recelar  
del que usurparme quería  
el título con que Amor  
hace de sus gustos ley,  
que hoy ha de verme su rey  
Jerusalén.

HERODES: (¡Oh, traidor! **Aparte**  
¿El reino me tiranizas?  
¿Esposa a la infanta llamas?  
¿Ausente mi boda infamas?  
¿Torpes bodas solemnizas?  
¿Esto escucho y tengo seso?)

MARIADNES: ¿Cómo has vencido imposibles,  
dueño amado, tan terribles?

JOSEFO: Dejando al infante preso,  
que tu esposo se llamaba.

HERODES: (Preso imagina que estoy.) **Aparte**

JOSEFO: Trocó la Fortuna hoy,  
que de mudable se alaba  
su prosperidad, de suerte,  
derribando su ambición,  
que a su reino y pretensión  
dará triste fin su muerte.

HERODES: (Ya imagina que Faseló **Aparte**  
dio a mi vida fin crüel.)

JOSEFO: Muerto, pues, y libre de él  
no hay de quién tener recelo.

MARIADNES: ¡Qué bárbaro!

JOSEFO: ¡Qué arrogante!

MARIADNES: ¡Qué indiscreto!

JOSEFO:                    ¡Qué atrevido!  
                              ¡Llamóse, en fin, tu marido!  
MARIADNES:    ¿Cómo siendo tú mi amante  
                              tienes celos?  
JOSEFO:                    Es forzoso.  
MARIADNES:    ¿Por qué?  
JOSEFO:                    Amor es desconcierto.  
MARIADNES:    Pues ¿quién los tiene de un muerto?  
JOSEFO:        ¡Ay mi bien!  
MARIADNES:                ¡Y ay dulce esposo!  
JOSEFO:        ¿No celebras mi venida?  
MARIADNES:    ¿Cómo?  
JOSEFO:        Dándome los brazos.

### *Descúbrese HERODES*

HERODES:        Primero, haciéndoos pedazos,  
                              aunque en quitaros la vida  
                              no satisfaga mi afrenta,  
                              mitigaré mi furor.  
                              ¡Vivo está Herodes, traidor,  
                              aunque por muerto le cuenta  
                              el honor que me has quitadol  
                              ¡Torpe Flora, Herodes vive,  
                              que hoy en tu sangre apercibe  
                              lavar la honra que has manchado!  
MARIADNES:        ¡Ay mi bien, que vivo vienes,  
                              que vuelves con libertad!  
                              Burlas en veras trocad,  
                              abrazos y parabienes.  
HERODES:        ¡Aparta, adúltera crüel,  
                              que ya engaños llegan tarde  
                              contra el afrentoso alarde  
                              que he visto, y este papel  
                              en oprobío tuyo afirma,  
                              que aunque sin firma se ha escrito,  
                              mis ojos, que tu delito  
                              han visto, sirven de firma.  
JOSEFO:        ¡Señor!



por un vasallo, su amistad borrara  
y que una mujer fácil derribara  
la fortaleza vuestra ya abatida?

El interés de una corona olvida  
obligaciones, la belleza rara  
postra amistades, y en la ausencia avara  
el loco a la mujer firmeza pida.

Si el amor y el reinar es tiranía  
que derriba el honor del más prudente,  
y el fuego del amor la ausencia enfría,  
no es mucho que él me agravie y ella afrente.  
¡Malhaya, amén, el hombre que confía  
de amigo avaro y de mujer ausente!

*Sale otra vez EFRAÍM*

EFRAÍM: Sal, gran señor, si pretendes  
sosegar la plebe loca  
que se alborota y provoca  
cuando ser su rey entiendes.

Jerusalén, conmovida  
de una nueva extraordinaria,  
a tu corona contraria  
en riesgo pone tu vida.

Tres reyes que en el oriente  
diademas Arabia da,  
y de Tarsis y Sabá  
ciñen nobles cada frente,  
con soberbia ostentación  
y variedad de vasallos,  
dromedarios y caballos  
traen tu corte en confusión.

Reposteros de brocado  
de su recámara real,  
ofrecen al sol sitial  
mejor que el suyo dorado.

Las cargas debajo de ellos,  
aunque cubiertas están,  
en la fragancia que dan

desde los corvos camellos  
odoríferos aromas,  
muestran ser de más estima  
que el bálsamo que sublima  
en Gadir y ofrece en pomas.

Atan el sabeo aroma,  
porque ir más süave pueda,  
cordones de fina seda,  
garrotes de plata y oro.

Y los penachos sin suma  
que al aire adulan sutiles,  
son portátiles pensiles  
que llevan montes de pluma.

Venerable majestad  
representa el rey primero,  
pagando en plata el enero  
los tres tercios de su edad.

El segundo, que retrata  
de abril el joven decoro,  
censos toma al tiempo en oro,  
que después trocará en plata.

Y el tercero más robusto  
con el enano se atreve,  
bruñido a hacer que la nieve  
su color envidie adusto,  
pues la bella perfección  
de su negra compostura  
enseña, con la hermosura  
de sus partes, trabazón.

Con esta presencia bella  
han entrado todos tres  
en tu corte, y dicen que es  
su paje de hacha una estrella  
que a vista de esta ciudad  
se les ha desaparecido,  
sin que el sol haya podido  
suplirles su claridad.

Y así perdido su norte  
contra la ambición, concluyen  
que hasta las estrellas huyen

los peligros de la corte.  
Síguelos Jerusalén,  
miran las damas sus talles,  
y ellos por plazas y calles  
preguntan a cuantos ven  
adónde está el que ha nacido  
rey de los judíos.

HERODES: Tente.

EFRAÍM: "Vimos su estrella en oriente  
y a adorarle hemos venido."

HERODES: ¿A adorar vienen al rey  
que ha nacido a los judíos?  
¿Qué aguardáis temores míos,  
celes sin orden ni ley?

No ha un hora apenas que reino,  
y cuando acaba un traidor  
de quitarme el ser y honor,  
¿me quita un muchacho el reino?

¿Cuándo hubo persona alguna,  
cielos, que nacer rey pueda?  
El reino que no se hereda  
le conquista la Fortuna.

Pues ¿quién es éste que ahora  
nace rey y me atropella?  
¿Quién es éste que a una estrella  
manda ser su embajadora?

¿Éste que con ella avisa  
tres reyes y cortes hace,  
éste que al punto que nace  
coronas de oriente pisa?

Si le viene de derecho  
a la sangre de Judá  
y a mi, idumeo, me da  
Roma el reino sin provecho,  
¿para qué Augusto me elige?

De David la descendencia  
hereda esta preeminencia;  
mas la ambición que me aflige  
no tiene de permitir  
agravio tan evidente,

el que fuere descendiente  
de David ha de morir.

A Aristóbulo prended,  
que por ser hijo de Hircano  
su derecho tiene llano.

¿No vais?

EFRAÍM:                   Sí, señor.

*Vase uno*

HERODES:                   Poned'  
nuevas guardas a la infanta.

Dad un garrote a Josefo.  
No quede mozo ni viejo  
de la estirpe real y santa  
del rey profeta con vida.

Ponga esto en ejecución  
esa romana legión  
en mi guarda apercebida.

Mi vida importa su fin;  
muera también el senado  
de los setenta que han dado  
tanta fama al sanhedrín.

No quede hombre en Israel  
que sangre de David tenga.  
Aunque fama a alcanzar venga  
a Herodes del más crüel

que vio el mundo, no haya hombre  
que en el siglo venidero  
si un rey quiere pintar fiero  
no le atribuya mi nombre.

Sangre mi rabia derrame,  
que en ella mi reino fundo.  
Quien crüel fuere en el mundo  
Herodes desde hoy se llame.

Esos tres Reyes de oriente  
a mi presencia llamad,  
los escribas convocad,  
no quede escriba o prudente



en los libros de la ley  
y profeta que no acuda  
a sacarme de esta duda.  
Sepamos quién es el rey  
que encubriéndose de mí  
recién nacido me asombra,  
rey en mi agravio se nombra  
y trae de oriente hasta aquí  
los reyes de tres en tres  
y predominando estrellas  
en todos nace sobre ellas;  
que si acaso Dios no es,  
a pesar de la Fortuna,  
si una vez sé donde está  
túmulo suyo será  
en vez de trono su cuna.

*Vanse. Salen TIRSO, BATO, PACHÓN y  
FENISA*

TIRSO: ¡Válgate Dios por chicote,  
por pesebre y por portal!  
Bato, ¿vistes tal zagal?

BATO: Lindo es, ¡voto a mi capote!

PACHÓN: No nace el blanco cordero  
mientras que la oveja bala  
que vista el vellón por gala,  
más nevado que un enero.

No regocija el cabrito  
recién nacido al pastor  
por las peñas trepador  
de rojas pintas escrito;  
ni el corzo, o simple ternera,  
mientras que los pechos goza  
cuando a la madre retoza  
en el soto o la ribera,  
dan tanto gusto, pardiez,  
como el chicotillo bello.

FENISA: No hago sino ir a vello  
y apenas, Pachón, hay vez  
que me aparte de él, que luego

me aquillotro por volver  
a verle.

TIRSO: Debe de ser  
el dios de amor.

PACHÓN: Ése es ciego.

Mas estotro sus dos ojos  
como dos candelas tien,  
par Dios, dichosa es Belén  
en gozar tales despojos.

TIRSO: ¡Y que un pesebre sea cuna  
de quien lleva al sol ventaja!  
Cuando le vi entre la paja,  
Pachón, voto a mi fortuna,  
que quitándome el pellico  
en somo de él se le eché,  
sólo entonces envidié  
del rey el toldo más rico.

BATO: ¿En el heno estaba echado?

TIRSO: ¿No has visto cuando conservas  
entre la paja las servas  
o el níspero coronado,  
la camuesa con su flor,  
que trae en ambas mejillas  
cual dama las salserillas  
a pares de la color?

Pues la competencia es baja,  
porque no hay camuesa o serba  
entre la atocha o la hierba  
como el chico entre la paja.

PACHÓN: Yo cuando vi su hermosura  
le dije, "¡Pardiez, garzón,  
que quien en la paja os pon  
para comer vos madura,  
y pues en Belén os dan  
a cuantos os quieren bien,  
si es casa de pan Belén  
creo que sois el Dios pan  
que para que mos hartéis  
de la troj del cielo abaja,  
pues como pan en la paja

hermoso grano nacéis!"  
Debió entender mi simpleza  
el tamaño.

FENISA: ¿Cómo así?

PACHÓN: Porque se rió de mí,  
meneando la cabeza  
que los rayos del sol dora.

BATO: Qué, ¿se rió?

PACHÓN: Y juntamente  
llorara creo agua ardiente,  
pues me abrasa y enamora.

FENISA: ¿Y la madre?

PACHÓN: Ésa es la luna,  
el sol, el alba, el ciprés,  
la flor, la palma en Cadés,  
la Fénix que sola es una.

TIRSO: ¿Y el padre?

PACHÓN: El Jusepe es  
esposo de niña tal,  
padre del bello zagal.

TIRSO: Para en uno son los tres.

PACHÓN: ¡Y el buey, Bato, y el borrico!

FENISA: En eso habías de parar.

PACHÓN: ¡Par Dios! que le quise dar  
mil besos en el hocico.

¿Pues el mancebete hermoso  
que de alas y plumas lleno  
el cielo volvió sereno  
y más que el sol relumbroso  
que en aquella noche o día,  
alegró nuesa majada  
con la divina embajada?

BATO: ¡Pardiobre, que parecía  
un ángel!

FENISA: Si era ángel,  
¿qué mucho lo pareciese?

PACHÓN: ¡Ahao! ¿Mas que no se cayese  
volando?

TIRSO: ¿No era Luzbel,  
el otro que por roín

le echoren?

BATO:                               ¡Desdicha brava!

FENISA:       Garridamente volaba.

PACHÓN:       Era de Dios volatín;  
                  mas ¿qué hué lo que cantó?  
                  Porque yo, por San Mingollo,  
                  que tengo fraco el meollo  
                  y no me acuerdo.

BATO:                               Ni yo.

TIRSO:               "Gloria a Dios en las alturas,"  
                  nos cantó el bello rapaz;  
                  y luego, "en la tierra paz  
                  a las humanas criaturas."

PACHÓN:               Gloria a Dios, paz a la tierra  
                  nos cantó; decís verdad.

TIRSO:       Y de huena voluntad.

BATO:       ¿Luego ya no ha de haber guerra?

TIRSO:       Si es el Mesías el chico,  
                  según Josef le da el nombre,  
                  her cuenta entre Dios y el hombre  
                  paz perpetua.

PACHÓN:               Del borrico,  
                  Bato, yo estó enamorado.  
                  ¡Oh, quién en él se volviera  
                  y en el pesebre estuviera  
                  junto del zagal atado!  
                  Pardiez, porque no llorara,  
                  que le había de arrullar,  
                  y en vez, Bato, de cantar,  
                  sospecho que rebuznara.  
                  De parto estaba Fenisa,  
                  que el día que me casé  
                  como huevo la dejé  
                  de dos yemas, dando prisa  
                  por las torrijas, y yo  
                  que goloso me comía,  
                  Bato, más que la freía;  
                  luego que el ángel cantó  
                  la gloria y paz de aquel modo,  
                  enamorado del son,

sin alzar el cucharón  
salí con sartén y todo,  
y alegróme de manera  
en la voz, plumas y cara,  
que cro, si entonces bajara,  
que las torrijas le diera.

*Sale LISENO*

LISENO: Pastores: si queréis ver  
lo que no sé encareceros,  
ni es bien por no deteneros,  
volvé al portal que ha de ser  
más que el templo celebrado  
que a Dios labró Salomón.  
Venid, veréis el garzón  
de tres reyes adorado,  
que piden que los despache  
para sus reinos con gozo:  
prata el buen viejo, oro el mozo,  
y el tercero es azabache.  
Perdióseles una estrella  
que les mostrara el camino,  
cuando a ver la corte vino,  
y ellos, a escuras sin ella,  
a Herodes hueron a hablar,  
preguntando por un reye  
que ha nacido y nuesa ley  
diz que viene a mejorar.  
Lleno el crüel de alboroto,  
pidió que a adorarle fuesen  
y por allí se volviesen,  
porque él humilde y devoto  
quería adorarle también;  
pero lo que de esto saco...  
--¡Que Herodes es un bellaco!--  
Salió de Jerusalén  
de los tres la trinca bella,  
y apenas el campo pisan,

cuando contentos divisan  
otra vez la hermosa estrella.

Y guiados al portal  
venturoso de Belén,  
aquel brinco de Dios ven  
de oro, nácar y cristal,  
en los brazos del aurora  
que tal bello sol encierra.  
Cada cual postrado en tierra,  
los pies le besa y adora,  
y de oro, mirra y encienso,  
tributo le van a dar.

Mas ¿cómo oso yo contar  
ni medir lo que es inmenso?

El portal que reverencio  
es éste del Dios de amor,  
vedle y callad, que es mejor  
que la lengua aquí el silencio.

*Descúbrese un portal de heno, romero y paja,  
lleno de copos de nieve, y en él la adoración de los  
REYES como se pinta*

FENISA:        ¡Hermosa apariencia a fe  
y de fe a lo que imagino,  
que este aparador divino  
por misterio le tendré!

TIRSO:        Postrado el rey viejo está  
a los pies del Dios de amor.

BATO:        Es del cielo emperador,  
por eso los pies le da.

PACHÓN:       ¡Dichoso el que en tales leyes  
emplea alma y corazón!

FENISA:       No vi en mi vida, Pachón,  
igual cuatrinca de reyes.

PACHÓN:       Como es de amor la baraja,  
gana el cielo el que aquí envida  
el corazón y la vida.

TIRSO:        ¿Cuatro reyes sobre paja?

¿Ay tal cuatrinca? ¿Ay tal juego?  
BATO: Y son los reyes presentes  
de manjares diferentes.  
PACHÓN: Es verdad, porque a ver llego  
que el uno, que en negros pastos  
y toscos reina, será  
el rey de bastos.  
TIRSO: ¡Verá  
qué gallardo rey de bastos!  
PACHÓN: El viejo de reales ropas  
que en la copa al niño ofrece  
el incienso, me parece  
que se llame el rey de copas,  
y el mozo que sus tesoros  
rinda al chico y oro abate,  
de eterna ley y quilate,  
llamarse puede rey de oros.  
TIRSO: Pues el niño, si a vencer  
viene al mundo y el pecado  
de nuesa flaqueza armado,  
rey de espadas vendrá a ser.  
PACHÓN: Antes lo viene a ser todo,  
que Dios que el alma me abranda,  
hoy profetizar nos manda,  
y así digo de este modo,  
que si la divinidad  
que encubre es el oro rico  
que disfrazada en el pellico  
de nuesa mortalidad,  
y es infinita la ley  
del oro de su riqueza,  
según su naturaleza,  
de oros el niño es rey.  
FENISA: Después, cuando se desangre  
en el huerto, y el temor  
de la muerte y su rigor  
le obligue a que se dé en sangre,  
bañando flores y ropas  
y el cáliz de mi ventura  
beba en copa de amargura,

será entonces rey de copas.

TIRSO: Otro manjar le señalo  
cuando se eclipse la luz  
del sol y sobre la cruz  
el triunfo le entre del palo.

Que si allá su reino muda,  
y con tal basto deshace  
las culpas, contra quien nace  
rey de bastos es, sin duda.

BATO: Mísero quien le provoca  
y en desgracia suya caiga,  
cuando de dos filos traiga  
la espada puesta en la boca,  
que las almas condenadas  
eternamente al volcán,  
por su desdicha sabrán  
que este niño es rey de espadas.

*Sale NISO*

NISO: Pastores: el que tuviere  
hijo al pecho de su madre,  
para que el vivir le cuadre  
escóndale, si no quiere  
que el furor de un rey tirano,  
lobo de tiernos corderos,  
bañe en leche los aceros  
de su cuchillo inhumano.

Degollar los niños manda  
que de dos años abajo  
paguen en risa el trabajo  
de sus madres, y en demanda  
de la inocencia pueril,  
andan verdugos crüeles  
cortando tiernos claveles  
que apenas sacó el abril.

Sin que con él aproveche  
el llanto que los socorre;  
por las calles sangre corre,



y entre ellas cándida leche.  
Poco los ruegos importan  
de las madres, que en sus brazos  
los lloran hechos pedazos,  
porque los pechos los cortan  
para quitárselos de ellos,  
y sus gargantas segando  
la leche que están mamando  
vuelve a salir por sus cuellos.

De este milano crüel  
esconded vuestros polluelos,  
que sin admitir consuelos  
sus hijos llora Raquel.

FENISA:           ¡Ay desdichada de mi!  
Un niño de trece días  
tengo, y de las penas mías  
consuelo. Amigos vení  
y en las peñas le escondamos  
que en estos montes están,  
que, en fin, más blandas serán  
que aqueste tirano.

PACHÓN:               Vamos.

TIRSO:           No es bien que en pámpanos podes  
el majuelo de Israel,  
tirano rey.

FENISA:           ¡Huego en él!

PACHÓN:       Es un tigre.

FENISA:           Es un Herodes.

*Vanse. Salen HERODES, HERBEL, JABEL y OTROS*

JABEL:           Sosiégate, gran señor.

HERODES:       ¿Cómo queréis que sosiegue  
quien la vida, el reino y honra  
a un tiempo y a un punto pierde?  
¡La vida un traidor me quita,  
la honra una mujer leve;  
el reino, que aún no he gozado,  
un niño que me atormenta!

Hidrópico estoy de sangre,  
más sed tiene quien más bebe.  
Dejad que me harte en ellas  
y aplaque este fuego ardiente.  
Mueran todos, pues que muero,  
y traspase en mí la muerte  
toda la jurisdicción  
que sobre los hombres tiene.  
No ha de quedar de David  
hombre o niño en quien conserve  
la esperanza que ha fundado  
el reino sobre su especie.  
La parca soy de las vidas,  
cortaré en pámpanos verdes  
los sarmientos que en Judá  
para atormentarme crecen.  
Prometiéronme volver  
en hallando los tres reyes  
a este niño portentoso  
que han adorado sin verle;  
mas, pues que me han engañado,  
y mi propósito aleve  
conocen, pues temerosos  
a avisarme de él no vuelven,  
paguen en él mis agravios  
todos cuantos inocentes  
a los pechos de sus madres  
su amor alimenta en leche.  
Podrá ser que muera entre ellos  
el triunfador del oriente  
que, naciendo coronado,  
cetros pisa y reyes vence.  
Bañe en su sangre el cuchillo  
el que mi vasallo fuere,  
porque el fuego en que me abraso  
puedan mitigar sus fuentes.  
De dos años tengo un hijo  
que, engendrado en Mitilene,  
de la sangre de Judá  
derecho a este reino tiene,

mas degolladle también  
para que ninguno quede  
exento de mi furor,  
pues él pasa por sus leyes.

JABEL: Catorce mil y más niños  
degollados enternecen  
las piedras, que con su sangre,  
no piedras, cera parecen.  
¿Un niño te hace temblar?  
Monarcas rindes, ¿y temes  
la inocencia de un infante?

HERODES: Niño no, gigante fuerte  
es quien gigantes conquista;  
si recién nacido puede  
postrar reyes a sus plantas,  
¿qué hará, vasallos, si crece?  
Dejadme morir matando,  
nadie me hable ni aconseje;  
rey soy, púrpura de sangre  
es la que mi rabia quiere.

*Sale MITILENE con un niño en los brazos  
vestida a lo bizarro, de judía*

MITILENE: ¿Cómo es posible, señor,  
que a tu mismo hijo sentencies  
al riguroso cuchillo  
de los verdugos crüeles?  
¿Tu misma imagen deshaces?  
Llega en este espejo a verte,  
que de tu misma sustancia  
con mis brazos se guarnece.  
La amada vida le diste,  
¿qué dirá de ti el que viere  
que lo que una vez has dado  
avariento a quitar vuelves?  
Tu misma sangre derramas,

sangra, médico imprudente,  
la vena del corazón  
que en fuego de mi amor hierve.

*Sale otra JUDÍA con otra criatura en los  
brazos*

JUDÍA: Cielos, ¿cómo permitís,  
si es que os preciáis de clementes,  
tan bárbara crueldad?  
¿Qué Falaris, qué Diomedes  
hizo tal? Tirano rey,  
¿qué hazañas a honrarte vienen?  
¿Qué triunfos te immortalizan?  
¿Qué injurias te hacen que vengues?  
¿Posible es que los balidos  
de este cordero inocente  
no enternecen tus entrañas  
y tus ojos humedecen?  
Mátame a mí, deja un niño  
que apenas en el oriente  
de su vida ve la luz  
cuando se pone en la muerte.

*Quitatalas los niños de los brazos*

HERODES: Soltad, enfadosas madres,  
los amorosos joyeles  
que vuestros pechos adornan  
y a más venganza me mueven;  
retratos de aquel infante  
que a usurpar mi reino viene.  
Lobo soy, corderos busco,  
vuestra sangre me sustente.  
Espigas sois de David,

en berza es razón que os siegue.  
Racimos sois de Judá,  
vendimia ros quiero en ciernes.  
¿Lloráis? Pero ¿qué me espanta?  
También los sarmientos verdes  
lloran antes de dar fruto.  
Flores sois de almendro fértil,  
yo cierzo que por tempranos  
me manda el rigor que os seque,  
mi rabia que os despedace,  
mi pena que os atormente.  
¡Ojalá que entre vosotros  
aquel infante estuviese,  
de mi frenesí la furia  
causa y principio inclemente!  
Satisficiera mi hambre  
con las manos, con los dientes,  
porque con su corazón  
mi enojo hiciera un banquete.  
Pero supliréis por él,  
y serviréis en mi muerte  
de ofrenda, como corderos;  
morid, pues Herodes muere.

*Vase*

MITILENE: Pedid venganza, hijo mío,  
al cielo.

JABEL: Tiernos claveles,  
a Dios vuestra sangre clama.  
Hijos, pedidle que os vengue.

*Sale EFRAÍM y descúbrese muerto HERODAS con  
dos niños desnudos y ensangrentados en las  
manos*

EFRAÍM: Murió el bárbaro rabiando  
y ahogando los dos Abeles.  
Se libró Jerusalén  
de sus tiránicas leyes.  
Sirva su vista de espanto,  
y demos fin con su muerte  
a su inaudita crueldad  
y lástima a los presentes.

**FIN DE LA COMEDIA**

***Free*editorial** 